
EDWARD
WHEEL
MUNDOS A
LA DERIVA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

MUNDOS A LA DERIVA

Bolsilibros - La Conquista del Espacio N.º 220

Wilfrid Schuman, presidente de la confederación interplanetaria del sol, se levantó del sillón que ocupaba tras su amplia mesa de trabajo y, sonriendo con simpatía, esperó a que su visitante se acercara.

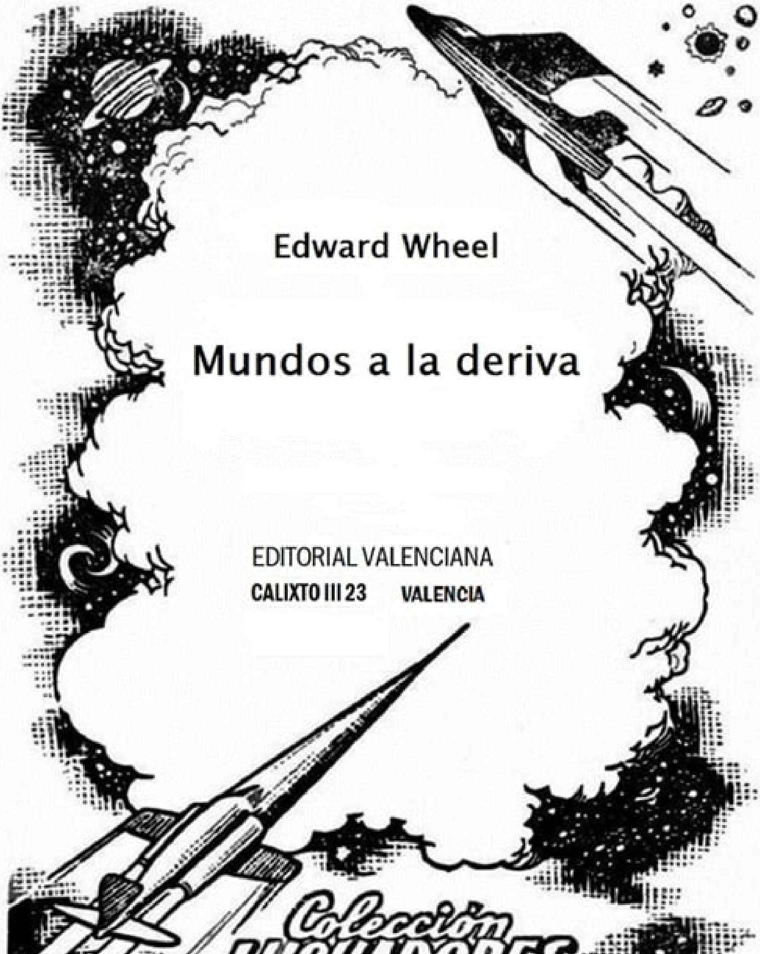
Una ligera curiosidad se reflejaba en las correctas facciones del presidente, mientras estudiaba al hombre que avanzaba pausadamente a su encuentro?

—Señor presidente, le presento mis excusas por haber insistido tanto en ser recibido por usted. Comprendo que sus múltiples ocupaciones no le permiten atender las innumerables visitas que diariamente…

—No le admito que siga excusándose, profesor Maxell —le interrumpió el presidente tendiéndole su mano con un gesto lleno de cordialidad. Recibir a un científico de su fama es un placer. Deseche esos pensamientos que le asaltan y siéntese.

El profesor Maxell obedeció en silencio y sus correctas facciones se cubrieron de una gravedad imponente.

Colección: La Conquista del Espacio
UUID: ab6110a8-9d7d-468b-bb7d-431310d4fc49
Generado con: QualityEbook v0.84



Edward Wheel

Mundos a la deriva

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III 23 VALENCIA

MUNDOS A LA DERIVA

Depósito Legal V. 2710.—1962.
Número de registro: 5850.—1962.

PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA. —VALENCIA


Mundos a la deriva
por
EDWARD WHEEL

Capítulo I

Wilfrid Schuman, presidente de la confederación interplanetaria del sol, se levantó del sillón que ocupaba tras su amplia mesa de trabajo y, sonriendo con simpatía, esperó a que su visitante se acercara.

Una ligera curiosidad se reflejaba en las correctas facciones del presidente, mientras estudiaba al hombre que avanzaba pausadamente a su encuentro.

—Señor presidente, le presento mis excusas por haber insistido tanto en ser recibido por usted. Comprendo que sus múltiples ocupaciones no le permiten atender las innumerables visitas que diariamente…

—No le admito que siga excusándose, profesor Maxell —le interrumpió el presidente tendiéndole su mano con un gesto lleno de cordialidad—. Recibir a un científico de su fama es un placer. Deseche esos pensamientos que le asaltan y siéntese.

El profesor Maxell obedeció en silencio y sus correctas facciones se cubrieron de una gravedad imponente.

—Lo que tengo que decirle es muy grave, señor presidente —dijo mirando al secretario que permanecía en pie junto al hombre de estado —. Si no tiene inconveniente, desearía que esta conversación no fuese oída por nadie. Después, cuando me haya escuchado, podrá hacer partícipes del secreto a las personas que considere oportuno.

Wilfrid Schuman miró un tanto desconcertado a su secretario y al fin ordenó:

—Déjenos solos, señor Ronet.

—Bien; usted dirá, profesor —inquirió el presidente cuando se hubieron quedado solos.

—Señor, soy director de uno de los observatorios que la Sociedad de Estudios Interplanetarios tiene diseminados por nuestra confederación. El que yo dirijo está instalado aquí, en Vastáfrika, la capital de nuestra confederación y…

—Sí, ya sé, profesor —le interrumpió nuevamente el presidente al ver que el científico dudaba, como si no encontrara las palabras adecuadas para expresar sus ideas—. Conozco esa sociedad y su gran labor científica, en la que usted coopera, pero…

—Hace varios meses, señor —prosiguió Maxell—, observamos un extraño fenómeno en una lejana galaxia llamada Iquias. Uno de los innumerables soles que integran esta galaxia pareció estallar y durante unos segundos, el espacio cósmico que la rodeaba se iluminó extraordinariamente. Después, se vieron infinidad de fragmentos que recorrían en todas direcciones el cosmos y que estallaban luminosamente al impactar contra otros cuerpos estelares. En mi observatorio llegamos a la conclusión de que un gran cataclismo se había operado en el seno de Iquias y, como ha sucedido otras veces, tomamos nota de ello y no le dimos al asunto más importancia que la estrictamente científica, pero…

Los vivaces ojos del presidente le miraron con renovado interés, y una amiga de ansiedad se marcó en su despejada frente.

—¿Pero?… —interrogó, anhelando saber el final de lo que le estaba diciendo el profesor.

—Hace unos días, señor —prosiguió el científico, con el semblante alterado—, hemos llegado a la conclusión de que nuestros mundos están amenazados, mejor dicho, sentenciados a desaparecer pulverizados en el cosmos en un plazo de setenta días. Un plazo inapelable, señor. Un plazo fatal que nos condena a perecer desintegrados. Nuestros nueve planetas se convertirán en polvo y de nuestro sistema planetario, incluyendo al sol, no quedará ni rastro. Veinte planetas gigantescos, varias veces mayores que nuestro sol, han perdido el astro que les tenía sometidos a las leyes de la gravitación universal y, por esta circunstancia, deambulan errantes por los espacios siderales. Uno de estos veinte mundos, el mayor de ellos, de un volumen superior en sesenta veces a nuestro sol, se ha erigido en el astro central de estos «vagabundos siderales» y, por efectos de su gran masa, los ha sometido a las leyes de la mecánica universal. Pero este astro que hace las veces del sol y sobre el cual giran ahora diecinueve planetas, el más pequeño de ellos varias veces mayor que nuestro astro radiante, no está sometido a ninguna ley y…

—¿Y?…

La palidez del presidente había llegado a darle un tono lechoso y sus ojos expresaban una profunda ansiedad, pero no demostraba sorpresa por la trágica noticia.

—Y que Roso, ese gigante de los espacios cósmicos, se precipita hacia nuestro sistema solar y que, sin duda de ninguna especie, nos arrancará de nuestras órbitas atrayéndonos hacia su ingente masa. Indefectiblemente nuestro sol irá a hundirse en las entrañas del gigante, y nuestros mundos seguirán la misma suerte. También pudiera ocurrir que nuestros nueve planetas se convirtieran en satélites o planetoides de ese sistema. De una u otra forma, nos espera la destrucción y la muerte. Esto es lo que quería exponerle, señor.

—Esta noticia —dijo el presidente—, la conozco desde esta mañana, profesor. Como usted sabe, tenemos varios observatorios estatales instalados en los planetoides que giran entre Marte y Júpiter. El profesor Lukas, que dirige el 021 situado en el asteroide Ceres, se apresuró a notificarme esto mismo que usted acaba de exponer.

—¡Oh! En este caso, siento haberle hecho, perder el tiempo con mi relato —se excusó el hombre de ciencia.

—Nada de eso, profesor. Su confirmación es muy valiosa. Y dígame, ¿conoce alguien más su descubrimiento?

—Únicamente mi ayudante.

—Bien, señor Maxell; por razones de seguridad, le ruego que por ahora, guarden absoluto silencio sobre este asunto. Si la noticia se hiciera pública, cundiría el pánico y se originaría un espantoso caos… ¿Sabrá guardar el secreto su ayudante?

—Respondo de él, señor. Le conozco desde hace muchos años y tiene un gran sentido de la responsabilidad.

—En este caso hágale patente mi deseo. La amenaza que pesa sobre nuestra confederación no debe trascender.

—Señor, ¿hay alguna posibilidad de evitar la gran catástrofe?

—Su pregunta es muy difícil de contestar, profesor. Eso lo han de decidir nuestros sabios. Los hombres que, como usted, han quemado sus vidas en aras de la ciencia y el progreso.

—¿Me permite hacerle una sugerencia, señor?

—Dígala, profesor.

—Aunque nuestras exploraciones nunca se han extendido más allá de los ámbitos de nuestro sistema planetario debido al peligro que representa la barrera de asteroides, está comprobado científicamente

que hay otros mundos en diferentes galaxias habitables para los seres humanos. ¿Ha pensado en la posibilidad de enviar a cualquiera de estos mundos una representación de la especie humana?

—¿Una nueva versión del arca de Noé, profesor Maxell?

—Sí, señor. Siempre he pensado que cuando nuestra ciencia progrese en el transcurso de los siglos, podremos traspasar los límites que nos imponen los asteroides y visitar otros mundos. Otros planetas donde nuestra ciencia pueda llevar el progreso de nuestra civilización. Quizás sea este el momento oportuno de intentarlo, señor presidente. Tenemos la obligación de velar por la continuación de nuestra ciencia. La civilización que hemos conseguido en tres mil años de historia no debe perderse inútilmente. Nos consta que en esos mundos existen seres que recibirán nuestros adelantos científicos como un don del cielo.

—Tendré su indicación muy en cuenta, profesor; pero le advierto de antemano que yo no podré decidir en esta cuestión por mí mismo. La presente situación tendrá que resolverla la cámara de científicos y tendré que someterme a su decisión. Usted, uno de los más destacados miembros de esa, cámara, podrá exponer su opinión en la asamblea y yo le apoyaré con mi voto.

Capítulo II

HOLA, mamá: —saludó Robert Calvert besando a la anciana.

—¡Hola, hijo! ¿Cómo han ido las clases?

—Estupendamente, mamá. Dentro de unos días sufriré el último examen y la señora Calvert podrá contarle a sus múltiples amigas que tiene dos científicos en la familia. Dos hijos que están destinados a ser dos luminarias de la ciencia moderna. ¿Y Allan, tampoco viene hoy a comer? —preguntó el joven entrando en la pequeña salita destinada al «teleproyector».

—No. Se quedará en casa del profesor. Me ha avisado que tiene mucho trabajo y no regresará hasta la noche.

El joven pareció meditar en la respuesta de su madre mientras miraba distraídamente el pequeño escenario que formaba la pequeña estancia y el gran aparato que estaba situado al fondo.

Sin decir nada, se situó ante la máquina y miró los diferentes objetivos. Luego, oprimió varios conmutadores y giró un dial hasta poner en su debido sitio la «acción A».

Se apartó a un lado, mientras uno de los objetivos se iluminaba, y la estancia se llenaba con una compañía de revistas.

Las diez y seis muchachas que componían el cuadro se movieron trenzando pasos de baile, al mismo tiempo que la «*vedette*» entonaba una canción llena de musicalidad y sonreía con gestos llenos de picardía.

—El «teleproyector» es un gran invento de nuestros tiempos, mamá —expresó el joven—. Fíjate: por medio de él, podemos ver cualquier espectáculo desde nuestras casas y todo resulta tan real como si las personas que lo integran estuvieran aquí, entre nosotros. Hasta puede

uno tomar parte en la diversión mezclándose con estas preciosas muchachas. Mira —y al decirlo, el joven se mezcló entre las artistas que evolucionaban con la misma realidad que si estuvieran dentro de la habitación en carne y hueso.

—¿Crees que aprobarás todas las asignaturas, Robert?

—¡Ya lo creo, mamá! ¡Ah! Si supieras las ganas que tengo de terminar mis estudios y poder ayudar en sus trabajos al profesor Hamble y a Allan. Sobre todo para demostrarle a Martha que ya soy todo un doctor y que deje de tratarme como a un chiquillo. Me molesta mucho su actitud maternal, ¿sabes? El que se vaya a casar con Allan no le da derecho a tratarme como a una criatura. ¡Tengo unos deseos de que pasen estos breves días y que la gente me salude diciendo: «Buenos días, doctor Calvert! ¿Cómo van sus trabajos, profesor Calvert? ¿Qué tal sus experimentos, señor Calvert?».

La anciana sonrió divertida por las inflexiones cómicas que el muchacho ponía en la voz y dijo:

—Tus diez y ocho años no son muy a propósito para tratarte, con tanta ceremonia. Para que la gente te diga esas cosas tendrás que revestirte de mucha seriedad, Robert.

—Me haré tan serio como una estatua, mamá. Y me dejaré un bigote así de grande —dijo haciendo un gesto exagerado y dando unos compases de baile entre las muchachas que danzaban en el centro de la habitación, proyectadas por el «teleproyector»—. Ya verás…

Robert se interrumpió en sus palabras y en la tarea de trenzar pasos de baile entre las numerosas chicas, al desaparecer éstas súbitamente.

—… Señores radio —espectadores —dijo la voz del locutor—. Cortamos durante unos minutos nuestra emisión y conectamos con la emisora presidencial. Rogamos a todos que escuchen con la mayor atención el mensaje que nos va a dirigir nuestro presidente en «acción A».

La señora Calvert y su hijo se miraron con extrañeza y se sentaron en sendas butacas que había situadas a los lados del «teleproyector».

—¿Qué ocurrirá, Robert?

—No lo sé, mamá; pero supongo que debe ser algo importante. El presidente no acostumbra a hablar a estas horas y…

La imagen del presidente fue proyectada en el interior de la estancia. El hombre de estado aparecía sentado en un gran sillón y al situarse entre madre e hijo creó la sensación de estar realmente entre ellos, hablándoles en la intimidad de su hogar. En cambio, el dirigente

político no podía ver a ninguno de sus tele —escuchas, ya que la emisión se desarrollaba en «acción A».

—Queridos ciudadanos de toda la confederación. Un hecho imprevisto me obliga a dirigirme a vosotros y a daros una noticia poco grata. Según informaciones procedentes de un observatorio estatal, ha ocurrido una gran hecatombe cósmica en una lejana galaxia llamada Iquias. Como consecuencia de este cataclismo, se han originado serios trastornos en algunos sistemas planetarios de aquella galaxia y varios de estos mundos han sido lanzados fuera de sus órbitas. Según los científicos que me han facilitado la presente información, sería conveniente permanecer a la expectativa, ya que alguno de estos planetas puede acercarse a los confines de nuestro sistema y crearnos algunas dificultades. Este peligro es muy remoto; tanto, que me atrevo a vaticinar que no llegará el caso de tener vecinos tan peligrosos. Pero el gobierno, velando por la seguridad de nuestra confederación, cree conveniente convocar una asamblea urgente de la Cámara de científicos, para que estudien a fondo el problema y busquen una solución. Esta reunión tendrá carácter permanente y no se disolverá hasta que los hombres de ciencia pronuncien su veredicto.

El presidente dirigió algunas frases más restándole importancia a la situación que había esbozado y despidiéndose brevemente, desapareció.

—Es una pena que yo no sea uno de esos célebres científicos para asistir a esa asamblea —expresó Robert con pesar—. Si supieras los deseos que tengo de poder ser útil a la sociedad y de… ¿Pero qué te pasa, mamá?

La señora Calvert había quedado seria y parecía meditar mientras observaba con ternura las correctas facciones de su hijo.

—No me ocurre nada, Robert. Es que me ha sorprendido ese mensaje del presidente. No creo que sea una cosa de tan escasa importancia como ha dado a entender. Por una bagatela no se reúne a la Cámara de científicos en sesión extraordinaria y permanente. Tu padre fue miembro de esa organización durante muchos años y siempre que reclamaron su presencia fue para asuntos de la mayor trascendencia.

—Puede que tengas razón, mamá, pero esto no es motivo suficiente para que te preocupes. El hecho de que un planeta pueda acercarse a nosotros no quiere decir que vaya a ocurrir nada extraordinario. Además, ya has oído al presidente; es más que probable que tal cosa no ocurra… Bueno, voy a ver a Allan. Seguramente el profesor Hamble y él están embebidos en su trabajo y no se han enterado de nada.

Pero cuando Robert Calvert llegó a los laboratorios donde trabajaba su hermano mayor, su rostro había adquirido la misma expresión de ansiedad que el de su madre.

Le recibió la alta y esbelta Martha Hamble, con una de sus maravillosas sonrisas y dos sonoros besos en las mejillas. La joven, con sus veintitrés años, trataba a su futuro cuñado como si fuera un chiquillo, cosa que sacaba a Robert de quicio. Para el muchacho, no había nada tan desagradable y se lo había dicho a Martha varias veces, pero ésta le miraba entonces con sus grandes y rasgados ojos y era tal la simpatía que sabía poner en sus exóticas pupilas verdes que el enfado de Robert se disipaba instantáneamente y terminaba dando excusas por su fútil enfado.

—Pasa, Robert. Allan está en el laboratorio con mi padre.

Los dos muchachos entraron en la amplia sala y se dirigieron hacia un extremo.

Allan y el profesor Hamble se encontraban embebidos en el desarrollo de una de sus complicadas fórmulas y no advirtieron la presencia del recién llegado hasta que dio los buenos días.

—Hola, Robert, ¿qué te trae por aquí? —preguntó afectuosamente el profesor.

—He venido porque me figuré que no habrían oído el discurso del presidente, convocando una reunión extraordinaria de la cámara de científicos. Y como supongo que ustedes dos tendrán que asistir a ella…

—Sí, sí. Lo hemos oído —aseguró el padre de Martha—. Mi hija nos avisó y nos hemos enterado. Gracias de todos modos. Martha, ¿no piensas invitar a Robert?

La joven fue a decir algo, pero en aquel momento se iluminó un objetivo del «teleproyector» y apareció la imagen de un hombre de avanzada edad.

El profesor Hamble y Allan se acercaron al aparato y el primero conectó la «acción B» y saludó:

—¡Hola, Maxell! ¿Cómo estás? Hace un rato te llamé y me dijeron que no estabas.

—Acabo de regresar y me han dado tu recado. Me he apresurado en llamarte y me figuro a qué son debidos tus deseos de hablar conmigo.

El rostro del profesor Maxell estaba revestido de una imponente seriedad y Hamble, que lo conocía largos años, se convenció de que sus sospechas habían sido ciertas.

—¿Cuándo sobrevendrá la catástrofe, Maxell? —preguntó.

El astrónomo hizo un gesto ambiguo y retardó la respuesta. Se veía que dudaba en hablar.

—Siento no poder darte una respuesta concreta, Hamble; pero… —su mirada se clavó significativamente en los tres jóvenes que estaban tras el profesor y que lo asaeteaban con sus pupilas—. En la asamblea te enterarás de todo. Se ha convocado con carácter de urgencia y nos reuniremos en sesión permanente.

Capítulo III

EL profesor Hamble, acompañado de Allan y de su hija Martha, terminaron de recorrer la gigantesca astronave que el gobierno federal había destinado para realizar la aventura de salir al encuentro de los mundos que avanzaban hacia la confederación del sol. La finalidad de este viaje estaba bien definida.

La asamblea, que durante tres días tuvo reunidos a todos los científicos de la confederación, había determinado que el conflicto cósmico sobrevendría setenta días más tarde si no se ponían en práctica medios expeditivos que alejaran el peligro.

El veredicto de la cámara de científicos había sido terminante. Había que destruir a toda costa aquellos mundos errantes, o por lo menos a Roso, el astro gigante que se había erigido en el centro de atracción de los diecinueve planetas vagabundos. Los profesores Lukas y Maxell habían coincidido al dictaminar que si se lograba desintegrar al nuevo reyezuelo sideral, los restantes mundos que se habían sometido a él sufrirían un gran desequilibrio y serían atraídos por Brestero, el coloso solitario de la galaxia Baarania.

—Profesor Hamble, ¿cree usted que si logramos destruir ese astro evitaremos el peligro?

—Sobre este particular no quiero dar opiniones, Allan —respondió el científico—. Lo único que puedo decirte es que Lukas y Maxell aseguraron que Brestero es un sol seiscientas veces mayor que el nuestro y que en la noche de los tiempos perdió los planetas que giraban a su alrededor. Es de suponer que se sentirá inclinado a rodearse de otros nuevos —el tono de voz del profesor era ligeramente jocoso a fin de no preocupar demasiado a su hija, que seguía la

conversación con vivo interés.

—Luego entonces, tendremos que usar los explosivos en el momento en que el sistema planetario errante esté junto a la galaxia de Baarania.

—Así es, Allan. En ella reside el coloso Brestero y hay que proporcionarle la oportunidad de que capture a los diecinueve «vagabundos». Y, ahora, dejemos esto. ¿Te has fijado en la maravilla de astronave que el gobierno ha puesto a nuestra disposición? ¡El último grito de la ciencia! Con ella podríamos estar en el espacio indefinidamente sin necesidad de reponer carburantes.

—Sí, profesor. La nave me parece un portento, pero le encuentro una dificultad: necesita diez tripulantes… Hubiera preferido que fuésemos usted y yo solos…

—Sí, sí… —le interrumpió Hamble con una expresión de alarma en sus ojos—. Esto mismo le dije al presidente, pero ante la imposibilidad de gobernar este aparato por nosotros mismos, me ofreció dotarla de una tripulación… Bueno, vamos a mi despacho; tenemos que ultimar algunos detalles. Martha, tú puedes quedarte aquí curioseando esta maravilla de la técnica.

La joven aceptó con un movimiento de cabeza la invitación de su padre y mientras los dos hombres se alejaban los estuvo mirando con una expresión de ansiedad. Desde hacía varios días tenía el presentimiento de que su padre y Allan le estaban ocultando algo muy grave.

—Allan, te ruego que delante de Martha te abstengas de hacer preguntas o comentarios que puedan dar lugar a que conciba alguna sospecha de nuestra verdadera misión —dijo el profesor tan pronto como estuvieron encerrados en el amplio despacho—. Si llegara a entrever el fin que nos espera…

—Tiene razón, profesor —expresó Allan—. Estoy tan acostumbrado a que ella trabaje en todos nuestros proyectos sin que jamás le hayamos ocultado nada, que muchas veces su presencia me pasa desapercibida o creo que está al tanto de todo. De aquí en adelante seré más cauto y procuraré hablar lo menos posible en su presencia.

—Bien —aprobó el profesor—. Y ahora vamos con una faceta desagradable de este asunto. El presidente rae ha mandado esta mañana la lista de los hombres que integrarán nuestra tripulación.

—Supongo que no nos habrá excluido a nosotros, profesor —dijo Allan con ligero sobresalto.

—No. No se trata de eso, Allan. Nosotros iremos, puesto que somos

los descubridores del arma que ha de desintegrar ese mundo. A decir verdad, hice alguna presión sobre el presidente para que te excluyera a ti. Sí —agregó con calor—. Comprendo que mi ruego era un tanto egoísta, pero ¿qué quieres?; soy padre y desearía evitarle a Martha el dolor de verse sola en el mundo, sin afectos. Yo hubiera querido sacrificarme solo y que le quedaras tú. Al fin y al cabo, yo soy un anciano y cualquier día habré de morir. Pero en ti tiene centrado todo su amor y todas sus ilusiones. Va a ser muy duro para ella el perdernos a los dos de un solo golpe… En fin, para tu tranquilidad, te diré que el presidente insistió en que tomaras parte en la expedición, si seguías dispuesto a ello. Dijo que, en caso de pasarme a mí alguna desgracia, nadie más que tú podrías dar cima a nuestra misión…

—Entonces, ¿qué mala noticia es la que tenía que darme, Profesor?

—Esta. Entérate de lo que dice aquí —dijo Hamble entregándole unos folios escritos.

El joven empezó a leer y su rostro palideció intensamente.

Martha Hamble, desde la habitación contigua, observaba a los dos hombres con expresión dolorida.

Aquella mañana había tenido la precaución de dejar conectado el «teleproyector» que había en el despacho de su padre y, por estar en «acción neutra», los dos científicos no lo habían advertido y hablaban con entera libertad.

—¡Esto es una locura, profesor! —exclamó Allan—. Robert es un niño todavía, y no hay razón que justifique su…

—Lo sé, Allan. También traté de disuadir al presidente. Le dije que tu anciana madre se quedaría sola en el mundo y que era innecesario que perdiera a sus dos únicos hijos, pero tu hermano ha hecho una presión enorme y el presidente le ha incluido en el rols. No podremos evitarlo. Ha cumplido la edad suficiente para que pueda disponer de su persona… Lo siento, hijo.

Pero los sentimientos de Martha parecían ser completamente diferentes a los que embargaban a los dos hombres.

Sus hermosas pupilas verdes, que un segundo antes estaban veladas por una intensa pena, destellaron ahora con decisión, y sus gordezuelos labios sonrieron de una forma extraña. Inmediatamente volvió a observar los rostros graves y preocupados de los dos seres que más quería en el mundo y sus pupilas se llenaron de infinita ternura.

Su novio apareció ahora ante sus ojos, revestido de unas cualidades que nunca sospechó en él. Durante los años que lo había tratado vio en

el joven a un hombre sencillo, reposado y estudioso. Jamás había notado en Allan otras aficiones que no fueran su trabajo y ella misma. Y mientras pensaba esto, Martha miró a su prometido con un nuevo interés, como si fuera la primera vez que lo veía.

Sí. Era el mismo Allan de siempre, con sus cabellos de color oro viejo ligeramente rizados, su frente despejada y los ojos azules, inteligentes y constantemente pensativos que, al mirarla ella, se llenaban de ternura. Sin embargo, ahora brillaban con una expresión dura y dominadora que le extrañó. El joven se había erguido en su alta estatura y su amplio tórax se abombaba a impulsos de la irritación.

—Hablaré con el presidente, profesor, y haré todo cuanto esté en mi mano para que excluya a Robert.

—Me parece bien, Allan —respondió el anciano—. Yo te acompañaré y apoyaré tus argumentos; pero ahora mira qué clase de tripulación vamos a llevar. Todos ellos se han ofrecido voluntarios y el gobierno los ha aceptado. Como voluntarios a la muerte, los prefieren a los hombres libres.

—El que diez condenados a perpetuidad, procedentes del presidio federal instalado en el planetoide y esta hayan sido elegidos, no me preocupa grandemente, profesor. En esta cuestión, estoy de acuerdo con el gobierno. Estos seres están condenados, por sus crímenes repugnantes, a extinguirse inútilmente en los recintos de la prisión sideral. Así son diez vidas útiles y honradas que se ahorran con su colaboración espontánea.

—El presidente les ha ofrecido la libertad si, por un inesperado azar, regresamos vivos. Todos ellos saben que esta posibilidad es remotísima, pero deben estar muy desesperados y prefieren una muerte rápida antes que seguir purgando sus delitos en el lejano asteroide. Mi opinión es que vamos a tener muchos quebraderos de cabeza con estos hombres. Serán indisciplinados, rebeldes y, sabiendo que van a morir, no tendrán ningún freno que les impida hacer cuantas barbaridades se les antojen.

—Nosotros les meteremos en cintura, profesor. Si necesitan mano dura, la tendrán y, además, en la astronave se les presentarán pocas ocasiones de desmandarse. ¿Cuándo partimos?

—Mañana a las tres, Allan. Todo está a punto y conviene aprovechar el tiempo al máximo. Si las cosas salen como están previstas llegaremos a la altura, de Brestero con dieciséis horas de anticipación a nuestra cita con los «errantes».

—De acuerdo, profesor. Voy a casa a ver si puedo convencer a mi

hermano para que renuncie a su proyecto de acompañarnos. Si fracaso, se lo diré a usted para que me acompañe ante el presidente.

Capítulo IV

CUANDO al día siguiente el profesor Hamble y Allan Calvert llegaron al aeródromo espacial de Vastáfrika, la astronave en que iban a emprender su viaje sin retomo estaba en el centro de la gran pista que había sido designada para el lanzamiento.

Los diez presidiarios que componían la tripulación estaban formados en la cabina neumática que había a la entrada de la nave.

Robert Calvert, situado en la cabeza de la formación, permanecía tan firme como los demás y evitaba cuidadosamente encararse con su hermano.

Los once hombres vestían trajes espaciales diseñados especialmente para aquel viaje, y las gruesas escafandras de materia plástica ocultaban las facciones de sus ocupantes, ya que para evitar 1as radiaciones peligrosas que pudieran existir fuera de los ámbitos de la confederación, se habían construido con un material que, si bien resultaba transparente mirándolo desde el interior, era completamente opaco e impenetrable para cualquier radiación que viniera del exterior.

El profesor y Allan pasaron revista al grupo y, al no poder precisar cuál era el joven, se miraron.

—Atención todos —dijo Allan avanzando un paso en dirección a la tripulación. Voy a nombrarlos a todos. Ustedes me contestarán levantando un brazo: Robert Calvert.

—A la orden, señor —respondió el muchacho con voz que los micrófonos hacían metálica.

—Sitúese junto a mí, Calvert —dijo Allan con voz autoritaria.

El muchacho obedeció, y su hermano mayor se dispuso a seguir nombrando a los cosmonautas.

—Tom Gabos.

—A la orden —respondió con voz de trueno un hombre que, a juzgar por su estatura, debía ser un gigante.

—Usted, póngase a mi lado también —ordenó Allan. Y mientras la mole humana obedecía, siguió pasando lista—: Han Hold, Erald Hubschmid, Renato Filippo, Alberto Palumbo, Raymond Scott, Frank Tobey, Peter Lederer, Phil Krasna y Carlos Ramírez.

Los nombrados fueron contestando con silenciosos ademanes que los identificaban.

Allan se guardó la lista en un bolsillo y miró escrutadoramente al puñado de facinerosos que tenía delante.

—Señores, en este momento en que nos reunimos en el interior de esta nave, nuestro pasado ha dejado de tener importancia. Ustedes y nosotros somos hombres sin historia, pero tenemos una misión en común. Una misión que precisa del esfuerzo y la cooperación de todos y cada uno de nosotros. Con esto quiero decirles que, en el mismo instante en que hemos traspasado las puertas de esta astronave, han cesado los prejuicios y las ambiciones de índole personal. El profesor Hamble, aquí presente, es el jefe absoluto de la astronave; el hombre que ostentará la máxima autoridad durante el tiempo que dure nuestra empresa. Yo he sido nombrado su segundo, y de mí recibirán todas las órdenes necesarias para el cumplimiento de nuestro deber. El señor Robert Calvert será el tercer jefe de la astronave, y Tom Gabor hará las veces de contramaestre. Desde el primer momento quiero advertirles que nuestra empresa va a ser muy difícil y penosa y, al final, como único premio, encontraremos la muerte. La posibilidad de regresar es tan remota, que no deben abrigar ninguna ilusión a este respecto. Por ello han venido voluntarios y, si alguno lo desea, puede retroceder en este momento.

Allan hizo una pausa por si se hacía alguna objeción, pero viendo que todos guardaban silencio, continuó:

—Deben saber que la disciplina será rígida e inflexible, y que cualquier falta será castigada con la máxima dureza. Y ahora, Gabor, conduzca los hombres a las secciones que voy a designarles e instrúyalos en las tareas que les han sido asignadas. Han Hold y Erald Hubschmid, sección de armas. Renato Filippo y Alberto Palumbo, cabina de propulsores fotónicos. Raymond Scott, Frank Tobey, Peter Lederer y Phil Krasna a la sección de motores nucleares. Carlos Ramírez será el encargado de los dispositivos de observación.

Los hombres desfilaron con destino a sus correspondientes departamentos. Allan se encaró con su hermano y, simulando que aún le duraba el enfado, añadió:

—Usted, señor Calvert, ocúpese de recorrer la nave y poner todo en orden. Vamos a despegar dentro de un minuto.

—A la orden, señor —respondió el joven, saludando militarmente.

Los dos científicos quedaron solos en la sala neumática y, acercándose a una de las vitrinas donde estaban los trajes espaciales, se vistieron con rapidez.

Un ascensor les trasladó a la parte alta de la inmensa esfera que formaba el cuerpo central del aparato. La gran cabina de control era circular, y tanto el techo como las paredes estaban formadas por un casquete de materia plástica de las mismas características que el de las escafandras, que permitiría ver el exterior desde cualquier punto de la amplia sala.

El gran tablero de mandos estaba situado en el centro de la estancia circular, y el sol, entrando a raudales, jugueteaba con el cromado de los metales.

—Es estupendo que a través de ese casquete puedan pasar únicamente las radiaciones que a nosotros nos interesen, Allan.

—Sí —respondió el muchacho mirando las pantallas que comunicaban con las diferentes secciones y que en aquel momento se estaban encendiendo sucesivamente, dando sus encargados el visto bueno para la partida.

—Cuando usted quiera podemos partir, profesor —dijo Allan volviéndose a su jefe, que estaba mirando a la ciudad de Vastáfrika, la cual se extendía bulliciosa y alegre ante sus ojos.

—Ya te he dicho que te ocupes de todo lo referente a la marcha de la astronave, Allan. Tú tienes más energías que yo para tratar con nuestra tripulación.

—De acuerdo, señor —accedió el joven. Y sus palabras coincidieron con la acción de bajar una corta palanca.

La puerta de acceso a la astronave se cerró herméticamente, y la luz verde que indicaba que todo estaba en orden, destelló varias veces.

—Motores en marcha —ordenó Allan dirigiéndose a la sección de máquinas nucleares.

Un poderoso rugido estremeció el aparato, y la sección circular que rodeaba el cuerpo esférico empezó a girar vertiginosamente, liberando a la nave de la gravedad terrestre.

Allan oprimió varios conmutadores y la Tierra pareció hundirse bajo los astronautas a una velocidad fantástica que la convirtió, en pocos segundos, en una esfera azulada que brillaba débilmente.

Durante los primeros segundos de navegación, el aire creó un concierto infernal de aullidos, que desapareció al traspasar la atmósfera.

La gran aventura había dado comienzo. Abajo quedaba la Tierra, cuyos habitantes desconocían la partida de trece hombres que devoraban los ilimitados espacios siderales con rumbo a la muerte.

***

A los cuatro días de viaje, la expedición traspasó el peligroso cinturón de asteroides y los dos científicos respiraron aliviados. Aquella zona que el profesor Maxell había designado con el nombre de «basurero cósmico», había detenido durante muchos siglos los impulsos exploradores siderales. La inmensidad de pequeños cuerpos celestes, la mayoría fragmentos desprendidos de los astros despedazados por los cataclismos cósmicos, creaban una frontera sumamente peligrosa para las naves que osaban desafiarla.

—Si todo el viaje se va a desarrollar con tanta tranquilidad, va a carecer de emociones —dijo Robert.

—Con emociones o sin ellas, nuestro final está previsto, y tú debiste quedarte en casa —le reconvino Allan.

—Bueno. No discutáis más. La cosa ya no tiene remedio, y con tus reproches no vas a conseguir nada, Allan.

—Tiene usted razón, profesor; pero es que cuando pienso en que se ha metido en esta aventura… Este muchacho no tenía por qué haberse sacrificado.

—¿Has notado qué conducta más extraña observan esos hombres? —dijo Robert cambiando de conversación—. No hablan apenas y se mueven como fantasmas. ¿Será que les molesta la orden que has dado de que permanezcamos constantemente con las escafandras puestas?

—No lo sé, pequeño. Su interior me tiene sin cuidado siempre que cumplan con sus obligaciones como están haciendo hasta ahora.

—No hay que darle excesiva importancia a sus formas —dijo el profesor levantándose—. Son hombres amargados, llenos de complejos adquiridos en los largos años de encierro. Años en los que, forzosamente, se han tenido que hacer taciturnos y susceptibles. Con el tiempo, se irán familiarizando con nosotros y, en fin, nos quedan

cuarenta días de viaje, que es tanto como decir de vida.

—Quizás podamos salvarnos —expresó Robert—. La desintegración de Roso, no implica la seguridad de que nosotros perezcamos.

—Desde luego, es una posibilidad —admitió Allan—. Pero no hay que hacerse excesivas ilusiones. Tendremos que acercamos demasiado a ese planeta y resulta casi imposible que no nos alcancen algunos de los millones de fragmentos que saltarán al cosmos.

Allan y el profesor se encaminaron hacia sus respectivos camarotes, instalados en un costado de la sala —control.

Desde los primeros días de navegación, Allan había establecido un turno de vigilancia, a fin de que, constantemente, uno de ellos tres, estuviera en la cabina de mandos, ya que no se fiaban de los penados.

Por esta circunstancia, habían establecido tres turnos de ocho horas, y solamente se reunían a las nueve de cada mañana para cambiar impresiones.

—No descuides el rumbo de la astronave, Robert —le encargó Allan desde la puerta—, y sobre todo, pon mucha atención al planisferio electrónico.

Se refería a una gran pantalla instalada en la parte central del tablero de mandos, en la cual iba apareciendo continuamente la porción de cosmos que rodeaba a la astronave en un radio de varios millones de kilómetros.

Robert asintió con la cabeza y se sentó en el cómodo sillón que había situado ante los servomandos.

Sus ojos curiosearon unos segundos la pantalla de planisferios, recreándose en la infinidad de mundos que desfilaban ante él.

Durante la mayor parte del tiempo que pasaba solitario en aquella cabina, daba rienda suelta a su imaginación, y muchas veces se entretuvo pensando que, en alguno de aquellos astros que desfilaban ante sus pupilas como fantasmas silenciosos, quizás existirían seres parecidos a los de su confederación y que posiblemente estarían observando su paso. Allí mismo acababa de aparecer un sol que fulgía con alegre centelleo. Leyó curiosamente el nombre que aparecía junto a él, y sus ideas cabalgaron nuevamente a lomos de la fantasía.

Aquel astro era Careste. Pertenecía a la inmensa galaxia de Serna y tenía tres planetas: Cunte, Brals y Kurna. Los científicos de la confederación del sol aseguraban que aquellos tres planetas estaban habitados por seres inteligentes y que sus condiciones de habitabilidad eran idénticas a las de los nueve planetas que integraban el sistema

solar… «Era una pena que lo precipitado del viaje no les permitiera acercarse a comprobar las hipótesis que se habían hecho sobre aquellos mundos», pensó Robert con un suspiro lleno de nostalgia.

En aquel momento se encendió una de las pantallas que comunicaban con las distintas secciones de la astronave y Tom Gabor apareció ante ella.

—Señor Calvert —dijo el contramaestre—. Raymond Scott se encuentra mal. Ha adquirido un color verdoso y sufre unas extrañas convulsiones. Mire.

El gigante se apartó a un lado y Robert vio al hombre mencionado tendido en una litera de la sección de motores nucleares.

Las palabras de Gabor fueron confirmadas por la realidad.

Raymond había sido despojado de la escafandra y sus facciones estaban recubiertas por un verde oscuro que impresionó fuertemente al muchacho.

—Usted es médico, Gabor, un magnífico médico, según consta en la reseña que nos dio el gobierno. ¿Sabe lo que tiene ese hombre?

—Lo ignoro, señor. Nunca me he enfrentado con esta clase de enfermedad. Los síntomas me son desconocidos.

—Bien, voy allá —decidió Robert sin acordarse de que su hermano y el profesor habían ordenado que la puerta de la torre— control permaneciera constantemente cerrada para impedir el acceso a los expresidiarios.

El muchacho comprobó de un vistazo que estaban conectados los dispositivos de conducción automática y abandonó la cabina.

Confiadamente entró en la sección de motores.

Todos los miembros de la tripulación estaban en la reducida estancia formando un apretado corro que ocultaba la litera donde reposaba Raymond.

El joven se abrió paso sin demasiados miramientos y…

Raymond Scott estaba sentado en la cama. De su semblante había desaparecido el color verdoso que ostentaba unos segundos antes y le miraba con sus ojos negros, reluciendo de malicia.

Robert intentó revolverse, comprendiendo que había caído en una trampa, pero dos brazos fuertes y musculosos le aprisionaron por la cintura, y el vozarrón de Gabor le conminó:

—Quieto, jovencito, si no quieres que te parta el espinazo.

Robert se debatió durante unos instantes, furioso, pero no tardó en convencerse de que sus esfuerzos eran inútiles, y se quedó quieto,

esperando los futuros acontecimientos.

—Buen chico —dijo Gabor arrebatándole la pistola sónica que llevaba en la cintura y, dándole un empellón, lo arrojó sobre una litera.

—Esto que están haciendo es una insubordinación que será castigada con toda dureza —dijo el muchacho.

Su amenaza levantó un coro de carcajadas entre los bandidos.

—Vamos, déjate de idioteces, pequeño —dijo Gabor—. Vuestro mando se ha terminado. Ahora, dirigiremos nosotros, y las órdenes las daré yo.

—Pero ¿qué pretenden hacer? ¿Qué objeto tiene esta rebelión?

—Uno muy sencillo, ¡idiota! —exclamó Raymond incorporándose.

—Naturalmente —aseguró Tobey—. ¿Creíais que íbamos a ir al matadero como humildes ovejitas?

—¿Se han vuelto locos? —preguntó Robert poniéndose en pie con irritación—. ¿No comprenden que si regresan a la confederación serán ejecutados por este motín? Y aunque consiguieran pasar desapercibidos y burlar a la policía, ¿qué conseguirían con ello? Si nuestra misión no se lleva a efecto, nuestros mundos perecerán… Depongan su actitud y reincorpórense a sus puestos. Si me obedecen, olvidaré lo que ha pasado, y el profesor Hamble y mi hermano no se enterarán de nada…

Una ruidosa carcajada general fue la contestación.

—El nene quiere que seamos buenos y vayamos al degolladero con mansedumbre —se burló el larguirucho y desgarbado Han Hold—. ¿No os conmueven sus palabras, muchachos?

—Estoy a punto de echarme a llorar —aseguró jocosamente Hubschmid, el otro alemán.

—Pues toma un pañuelo —dijo Filippo.

—Basta de juerga, amigos —cortó Gabor con voz de trueno—. Cuando hayamos conseguido nuestros fines, habrá tiempo para divertirse. ¡Tú, muñeco, marcha delante y abre la puerta de la sala —control! Queremos vernos las caras con el mandón de tu hermanito y ese vejestorio que se llama Hamble.

Robert se irguió desafiante y, conteniendo los jadeos de su respiración, contestó:

—Eso no lo conseguiréis de mí jamás.

—Deja de hacerte el héroe, mocoso —dijo Phil Krasna, estrellando su puño en el bajo vientre del joven, que era el único sitio que estaba desprovisto de la multitud de herrajes que guarnecían los trajes espaciales.

Robert lanzó una exclamación de angustia y se dobló sobre sí mismo, acometido por intensas bascas.

—¡Cuidado, no le des tan fuerte que lo vas a desarticular! —dijo riendo con burla Lederer.

—¿Qué? ¿Nos abres esa puerta o no? —preguntó Gabor con voz incisiva.

—No —fue la contundente respuesta.

Gabor dio a conocer sus instintos de bestia sanguinaria propinando al joven otro puñetazo con las enormes mazas que tenía por puños.

Robert lanzó un grito estridente, que arrancó nuevas carcajadas, y cayó hacia atrás con violencia.

El gigante no le dio tiempo a reponerse. De una zancada se acercó a él y, levantándole a pulso, escupió:

—¡Andando, amigote! Vamos hacia esa puerta.

En confuso montón caminaron hacia la puerta que daba acceso a la sala de controles. Robert lanzaba ahogados gemidos que provocaban la hilaridad entre los hombres que le rodeaban.

El grupo se paró a dos pasos de la puerta y Gabor dio un empellón al muchacho.

—¡Abre! —dijo con voz amenazadora.

Robert se enderezó con dificultad y negó con la cabeza.

—Déjame que le haga una caricia con mi herramienta, Gabor —pidió con voz trágicamente melosa Phil Krasna sacando una navaja de grandes proporciones.

—¡Guarda eso, idiota! —ordenó imperiosamente Tom Gabor—. ¿Has olvidado que aquí quien da las órdenes soy yo? —preguntó mirando a sus compinches con bravuconería.

—Perdona, Tom —dijo Krasna con repugnante humildad—. Era para convencerlo…

—Y matarle —le interrumpió Gabor—. No es que me interese la vida de este monigote, pero será la llave que nos abra esta puerta, después… ¡Ea!, chico, no nos hagas perder más tiempo. Ordena a los servomandos que muevan esa compuerta de acero y no te pasará nada. Te doy mi palabra de honor de que no os causaremos ningún daño.

Robert se acercó a la puerta dando la impresión de ir a obedecer, pero en el último instante, aporreó la plancha de acero con la evidente intención de dar la alarma.

Gabor soltó una interjección, y de un manotazo lo envió al otro lado del pasillo.

A continuación dio rienda suelta a sus innobles instintos y sus puños golpearon brutalmente al muchacho hasta hacerle caer sin conocimiento.

—Quitadle la escafandra y reanimadlo —ordenó a sus secuaces—. Seguiremos la función hasta que abra esa maldita puerta.

—Podríamos volarla, Tom —se atrevió a decir Palumbo.

—¿Con qué vamos a volarla, alcornoque? —exclamó furioso el cabecilla.

—Con esa pistola que le has quitado…

—No seas animal. Todos sois un hatajo de imbéciles y si no fuera por mí estaráis perdidos. ¿No ves que esa puerta está revestida de una plancha de materia plástica que la inmuniza a toda clase de radiaciones?

Un silencio general le demostró a Gabor que su autoridad iba ganando terreno y, satisfecha su vanidad, volvió a ordenar:

—Venga, haced lo que os he dicho.

Filippo y Palumbo se acercaron al caído Robert y, con dedos ágiles, le despojaron de la campana de plástico.

Y entonces, todos los bandidos se estremecieron violentamente como si sus cuerpos estuvieran sufriendo los efectos de una descarga eléctrica.

Gabor se quitó precipitadamente la escafandra como si quisiera ver mejor y sus ojos, de un azul desvahído, aparecieron dilatados y brillaron con sorpresa y admiración.

Sus brutales facciones se habían atensado y la rojiza cicatriz que le surcaba el rostro desde el ojo derecho hasta la comisura de la boca, le hacía lucir los amarillentos colmillos que recordaban inmediatamente a una hiena riendo.

—¡Vaya! ¡Vaya! —exclamó mientras un hili1lo de viscosa baba le chorreaba de la averiada comisura labial—. ¡Pero qué agradable sorpresa!

Sus ojos recorrieron aviesamente a sus enmascarados compinches, y deseando ver las expresiones que lucían, ordenó:

—Quitaos las escafandras, hijos de loba. Quiero ver vuestras repugnantes «jetas».

Los demás obedecieron con precipitación que demostraba el miedo que habían tomado al siniestro cabecilla, y una colección de rostros patibularios exhibieron las bajas pasiones que los dominaban.

—¿Os gusta, eh? —preguntó Gabor sonriendo torcidamente—. Pues al primero que se atreva a… eso que estáis pensando, le parto en dos.

Vamos para la sección de motores. Mis planes han cambiado.

Capítulo V

ALLAN se despertó con sobresalto y se precipitó hacia la sala de control.

Las luces de alarma se encendían y apagaban en rápidos destellos, mientras que los zumbadores atronaban el interior de la astronave.

El joven buscó a su hermano con la mirada y, al no verlo se dirigió hacia el tablero de servomandos.

En aquel momento, apareció el profesor Hamble, procedente de su cabina. El científico estaba desprovisto del traje espacial y su expresión denotaba una intensa alarma.

—¿Qué ocurre, Allan?

—No sé, profesor —contestó Allan, comprobando con rapidez que todos los dispositivos funcionaban normalmente—. Estaba durmiendo cuando empezó a sonar la alarma…

—La alarma la he dado yo —dijo Tom Gabor apareciendo en la pantalla de la sección de motores.

—¡Ah! ¿Ha sido usted? ¿Y qué ocurre? ¿Por qué se ha quitado la escafandra? —preguntó Allan.

—Ocurre que he encontrado el «matute», y me he quitado la escafandra porque ya es hora de que nos quitemos las caretas —respondió el facineroso en su jerga.

Allan y el profesor se miraron sin comprender lo que Gabor quería decir.

—Hable con más respeto y diga qué significa eso de «matute» y lo de las caretas.

Gabor prorrumpió en una carcajada y se retiró unos pasos. La pantalla reflejó ahora las innobles caras de los diez facinerosos, entre

los cuales se encontraba el joven Calvert cubierto por la escafandra.

—El «matute» es esto, amigo Calvert —dijo Gabor señalando al prisionero—. Y, en cuanto a las caretas… quiero decir que ahora soy yo quien da las órdenes en esta nave, ¿me ha comprendido?

—Lo que quiere decir que se han amotinado y mi hermano les sirve de rehenes, ¿no es así? —inquirió el joven con voz velada por la angustia.

—Así es, amigo, pero déjese de fingir. Sabemos quién es su «hermanito» y no estamos para perder el tiempo en disimulos.

Los dos científicos se miraron con sorpresa.

Las palabras del bandido les tenían completamente desorientados.

Allan se dominó con un esfuerzo y estudió las facciones de los diez hombres, pretendiendo adivinar la finalidad del motín.

—Está bien —dijo, como aceptando los hechos—. ¿Qué pretenden con esta actitud? ¿Han meditado bien en las consecuencias que puede acarrearles?

—Lo hemos pensado todo, amigo —respondió Gabor sonriendo siniestramente y sacando el pecho en actitud desafiante—. Queremos que se entreguen a nosotros y nos dejen conducir la astronave.

—¿Conducir la astronave?… ¿A dónde? —preguntó el profesor Hamble con el rostro demudado.

—Estamos a seis horas de distancia de los planetas Kurna, Brals o Cunte. Hacia ellos queremos dirigirnos. Deseamos desembarcar en ellos y quedarnos allí para…

—Pero, están locos? —exclamó el profesor—. ¿Han olvidado nuestra misión? ¿El peligro que corre la humanidad?… ¿Cómo se les ha ocurrido pensar semejante disparate?

Las frases del profesor fueron coreadas por las carcajadas burlonas de los amotinados.

—Déjese de sermones, abuelo —la humanidad nos mandó para el resto de nuestros días a Vesta. Un horrible presidio donde nuestras vidas estuvieron languideciendo durante años y años. ¿Cree que voy a preocuparme por el destino de esa sociedad que nos repudió? ¿Con qué derecho pretenden ahora que sacrifiquemos nuestras existencias para salvar las suyas? Iremos a Kurna; un planeta que, según nuestros científicos, es idéntico a la Tierra. En él nos quedaremos y salvaremos nuestros preciosos «pellejos» de la muerte a que usted los destinaba.

—¿Y si no accedemos a sus deseos? —inquirió Allan.

La cicatriz de Gabor adquirió un tono escarlata, y sus ojos

chispearon con rabia.

—Si no me obedecen me emplearé a fondo con mi rehén. Será un gran placer para mí…

—Supongo que nos dará algún tiempo para decidir, ¿no? —preguntó Allan, que estaba profundamente inquieto por la suerte que pudiera correr su hermano en las garras de aquellos desalmados.

—¿Qué os parece, muchachos, les damos unos minutos para que se lo piensen? —preguntó Tom Gabor a su camarilla.

Los bandidos permanecieron en silencio. Su truculento cabecilla les había demostrado en el transcurso de su jefatura que la única opinión que contaba era la de él.

—Bueno, tienen cinco minutos para decidirse —concedió el matón con una sonrisa retorcida.

Allan apagó la pantalla para que no pudieran observarlos y se volvió al profesor.

—¿Qué hacemos, señor?

—¿Y qué podemos hacer, Allan? Nuestra misión es sagrada. No podemos apartarnos de ella bajo ningún concepto ni motivo, y…

—Lo sé, profesor. Ni por un momento había pensado en ceder a sus exigencias. Mi pregunta tenía por objeto saber si a usted se le ocurría alguna solución. El que no entreguemos la astronave no quiere decir que voy a dejar a mi hermano en poder de esa chusma.

—Allan, comprendo tu estado de ánimo y sé cuáles son tus sentimientos, pero no podemos correr ningún riesgo.

—De acuerdo, profesor. Suponga que, olvidándome de mi hermano, continuamos aquí, ¿habremos conseguido algo con ello? Tenga presente que la sección de motores, la de armas y la de propulsión fotónica está en sus manos. Cierto que podemos prescindir de los motores nucleares, que no sirven nada más que para despegar o aterrizar, y también podemos hacer caso omiso de las armas que no las necesitaremos, puesto que los torpedos que han de desintegrar a Roso los dirigiremos desde esta cabina, pero ¿y la sección de propulsión fotónica? Usted sabe perfectamente que pueden inutilizarla, y entonces quedaríamos anclados en el cosmos. Nuestro destino sería ir a la deriva por los infinitos espacios siderales.

El profesor Hamble dio unos pasos nerviosos por la amplia cabina. Los razonamientos que había hecho Allan eran acertadísimos. Los dispositivos de que iba dotada la astronave para su marcha sideral, podían ser estropeados, y entonces… Sin aquellos motores que al

repeler con fuerza los rayos luminosos, les hacían avanzar, quedarían varados en pleno espacio o serían atraídos hacia cualquier astro.

—¿Cuál es tu idea, Allan?

—Tenemos que dominar el motín a toda costa, profesor. Mientras no recuperemos el dominio completo de la nave, nuestra misión estará en constante peligro. No olvide que estos hombres saben que les llevamos a una muerte cierta y lucharan como demonios. Ninguna amenaza les detendrá.

—Todo eso está muy bien —respondió el profesor—. ¿Pero qué podemos hacer? Yo no soy un hombre de lucha. La ocupación de toda mi vida han sido los problemas científicos. Reconozco que carezco de dotes suficientes para reducir a la obediencia a esos diez facinerosos que son la hez de nuestra confederación.

—Se me ha ocurrido un plan que puede damos magnífico resultado, profesor. Además, tiene la ventaja de que si fracasa, la situación, en lo que respecta a nuestro deber, no se agravará.

—Veamos de qué se trata.

—Es muy sencillo, profesor. Ahora conectamos la pantalla y veremos a todos reunidos. Usted se dirige a ellos simulando que accede a cuanto le pidan y procure entretenerlos el mayor tiempo posible. Mientras les distrae, les sorprenderé yo y, como están desarmados, no me costará trabajo reducirles. Entre Robert y yo les encerraremos en sus respectivas secciones y, más tarde, estudiaremos la forma de evitar que la insurrección tenga nuevos brotes.

—De acuerdo —concedió el profesor—. Ejecutaremos tu plan, y esperemos que todo salga como has dicho.

Pero al conectar la pantalla nuevamente, observaron que, excepto Robert y Gabor, los demás habían desaparecido y supusieron que el cabecilla había previsto su ardid y había mandado a sus compinches ante la puerta de la sala —control.

—Y bien, ¿han decidido entregarse? —preguntó Gabor.

—Según las condiciones que nos ofrezcáis respondió Allan.

—Mis condiciones son bien sencillas, Calvert. Yo mandaré y vosotros obedeceréis. Desembarcaremos en uno de esos tres planetas y, si no os agrada nuestra compañía, podéis apartaros. No os lo impediré.

—Y los demás, ¿piensan igual que tú? —preguntó el profesor.

—Los demás harán lo que yo diga —aseguró con fanfarronería Gabor.

—Me gustaría que ellos lo dijeran —dijo Allan.

—Dejaos de charla y no perdamos más tiempo —apremió el rufián —. Los otros están ante la puerta de esa cabina y no pueden venir ahora. ¡Abrid de una maldita vez!

—En esas condiciones no nos entregamos —manifestó Allan—. Tenéis que reuniros ahí todos y darme vuestra palabra de que cumpliréis lo pactado.

—¡No os entreguéis, Allan! —gritó en aquel momento Robert—. Han dicho que os matarán y…

El bandido había dado un salto y uno de sus puños chocó contra el vientre del joven, que se dobló con un gemido. Y en aquel instante, la escafandra que no estaba asegurada, rodó por el suelo y Allan y el profesor se quedaron petrificados por la más inaudita de las sorpresas.

La persona que durante todo el viaje había figurado como Robert Calvert, era Martha Hamble, la bellísima hija del profesor, que ahora les miraba a través del rectángulo de vidrio con los ojos humedecidos y con una expresión angustiada en sus delicadas facciones.

—¡Hija!…

—¡Martha!…

Las dos exclamaciones brotaron de la garganta de los dos científicos y pusieron de manifiesto los sentimientos que en aquellos momentos les dominaban.

El profesor se dejó caer en un sillón y se llevó una mano a la frente, como si quisiera apartar de su imaginación los fatídicos presentimientos que le asaltaban.

Allan había quedado en pie, mirando con fijeza a Martha, que se debatía desesperadamente entre los musculosos brazos del rufián. Los dedos del joven se habían engarbado con terrible fuerza en una gruesa palanca de acero y su rostro había palidecido intensamente.

Martha mordió en aquel instante la enorme mano que le tapaba la boca y el bandido soltó una exclamación de dolor. Sus ojos chispearon furiosos y, de una tremenda bofetada, lanzó a la muchacha rodando por el suelo.

Un volcán de rabia estalló en el pecho de Allan mientras recordaba el historial que el gobierno le había facilitado relativo a Gabor. Según aquellos informes, aquel hombre había sido condenado por asesinar a tres mujeres después de haber ejecutado en ellas sus delirios de sadismo.

Mientras tanto, el monstruoso criminal se había acercado a la joven y, levantándola por el cabello, la abofeteó varias veces más, basta

arrancarle varios gritos de dolor. La respiración del rufián se había hecho jadeante; sus ojos relucían por los más torpes deseos y sus labios dibujaban una espantosa mueca que arrancaron nuevos gritos de terror a la joven.

Esta sintió que sus ojos se desorbitaban de angustia cuando, el hombre le dio un fuerte tirón del pelo y acercó sus labios temblorosos y repugnantes a los de ella.

El aliento del energúmeno pareció quemarle las mejillas, y con la más viva desesperación, apoyó sus manos en la repelente cara, intentando alejarla.

Allan no pudo resistir más. Su pecho hervía por efectos de la cólera y su cerebro dejó de pensar en nada que no fuera la horrorosa situación en que se hallaba su prometida.

Con dedos que la desesperación hacían temblar, se arrancó la escafandra y la arrojó al suelo con furia. Su rostro estaba blanco como si lo hubieran tallado en nácar. Inspiró fuertemente el aire puro que llenaba la cabina, y de un manotazo extrajo la pistola que llevaba en la cintura.

—Saque su pistola, profesor, y sitúese en la puerta de la sala. Al primero que intente avanzar un paso desintégrelo sin ninguna clase dé consideraciones.

Esto lo dijo el joven cuando estaba abriendo la puerta.

—¡No lo hagas! ¡No salgas, Allan! Recuerda nuestra misión y…

El profesor, pálido y desencajado por la horrorosa escena que su hija protagonizaba, se detuvo en sus palabras al ver que el joven había abierto la acerada compuerta.

Hamble extrajo la pistola y la montó con decisión.

—Al primero que se mueva lo desintegro —oyó que decía Allan.

Los nueve bandidos hicieron un gesto de sorpresa, y algunos avanzaron un paso con ánimo de agredir al joven. Pero las pupilas de éste estaban poseídas de tal fuego y sus ademanes eran tan firmes y dominadores, que se quedaron quietos, acobardados ante la imponente fiereza del científico.

Allan pasó ante ellos corriendo a grandes zancadas y cuando algunos quisieron reaccionar y perseguirlo la voz del profesor les hizo inmovilizarse de nuevo.

—Nunca he disparado contra nadie y siempre pensé que sería incapaz de hacerlo. Sin embargo, en estos momentos deseo más que nada en el mundo terminar con una cuadrilla de asesinos y cobardes

como ustedes. ¡Si dan un solo paso!…

Las palabras del profesor salían de sus labios a borbotones, como si fueran secos disparos que su indignación hiciera detonar en el interior de su pecho.

Y fue tal el efecto que hicieron en los nueve desalmados, endurecidos por toda una vida de crímenes, que quedaron cohibidos y amedrentados ante el anciano profesor. Incluso contuvieron la respiración como si temieran que el ruido de ésta pudiera atraer la justa cólera del profesor.

Capítulo VI

ALLAN llegó en el preciso instante en que Martha había dejado de defenderse, agotada por los titánicos esfuerzos que había realizado.

Gabor lucía una repulsiva sonrisa de triunfo y sus facciones demostraban claramente los deseos lúbricos que le dominaban, mientras se inclinaba para besarla.

Calvert enfundó la pistola y avanzó decidido. La Intensa rabia que le dominaba le impelía a castigar al individuo con sus propias manos y, ni por un momento, pensó en la montaña de músculos y huesos con que se iba a enfrentar.

Su mano izquierda se engarfió en el hombro de Gabor y le hizo girar violentamente.

El facineroso quedó quieto una décima de segundo por la sorpresa, pero enseguida reaccionó y sus dos brazos se alargaron, deseando estrechar al joven en un abrazo de oso.

Allan retrocedió un paso, esquivando la acometida.

El coloso emitió un rugido de ira y de un manotazo arrojó a Martha Hacia un rincón, para impedir que escapara. Luego, avanzó varios pasos, encorvado sobre sí mismo y con unos destellos asesinos en los ojos.

El joven le esperó a pie firme y en el momento que el otro intentó atraparle, saltó de costado y le lanzó un directo a la mandíbula.

El rufián escupió un diente con un redondo taco y se revolvió con la virulencia de una pantera. De nuevo se precipitó sobre el joven, abandonando esta vez todas las precauciones.

Allan le recibió con un potente gancho y, al trastabillar su enemigo por la fuerza del impacto, le puso una hábil zancadilla.

El gigantón cayó al suelo con gran estrépito y lanzó una catarata de insultos.

—¡Levántate, granuja! —exclamó el científico, jadeando a impulsos de la rabia que le consumía.

El mastodonte se incorporó sobre un codo y, resoplando como un hipopótamo, le miró con sus repugnantes ojuelos, que relucían llenos de malicia.

Martha, acurrucada y llena de terror, contemplaba la espantosa escena tapándose la boca con las manos, pretendiendo ahogar los gritos que pugnaban por escapar de sus labios.

Allan la miró y fue a decirle algo para animarla, pero en aquel momento vio que la muchacha desorbitaba los ojos y lanzaba un grito.

El muchacho dio un salto de costado y se encaró nuevamente a su enemigo.

Gabor había sacado la pistola que arrebatara al supuesto Robert y la montó con un seco movimiento, mientras que su horrible cicatriz adoptaba un repulsivo tono amarillento.

Allan se zambulló hacia un lado, en el mismo instante en que la pistola de su enemigo entraba en acción.

Aterrizó junto a uno de los grandes motores nucleares y, para entonces, empuñaba su pistola decidido.

Gabor estaba corrigiendo la línea de tiro, dispuesto a destruirle, y el muchacho apretó el disparador de su pistola con precipitación.

El arma sufrió un leve estremecimiento en su diestra, como si de pronto hubiera cobrado vida. Del cañón no salió nada que pudiera apreciarse a simple vista, pero en el gigantesco cuerpo del truhán se produjo un desagradable chirrido, como si le hubieran lanzado una caldera de aceite hirviendo, e instantáneamente se inflamó en una llamarada azul, convirtiéndose en una voluta de vapor que se elevó en el aire.

Las vibraciones sónicas que había escupido la pistola lo incineraron en una décima de segundo.

Allan se acercó a su prometida y le acarició los sedosos cabellos para calmarla.

La joven se refugió en los brazos de su prometido y, levantando sus ojos húmedos por las lágrimas, le besó amorosa.

—Explícame cómo estás tú aquí, Martha —preguntó Allan—. ¿Cómo conseguiste introducirte en la astronave y?…

—¡Oh! No te enfades, Allan —suplicó Martha con la misma

expresión de una chiquilla cogida en falta—. Escuché la conversación que tuviste con mi padre el día antes de partir y supe cuál era el destino que os aguardaba… Yo sola me hubiera muerto de pena y pensé que lo mejor era acompañaros y dejar a tu hermano acompañando a tu madre… Lo narcoticé, momentos antes de partir, y lo dejé oculto en el hangar. Yo…, Bueno; quiero correr la misma suerte que tú y mi padre… ¿Me perdonas?…

Allan sintió que la ternura le formaba un nudo en la garganta impidiéndole respirar libremente. En silencio, atrajo, a Martha y la besó emocionado.

Cogidos de la mano, se encaminaron hacia la cabina —control. Hamble seguía en la misma actitud amenazante y los nueve facinerosos estaban de cara a la pared del pasillo, inmóviles y acobardados.

—Volveos —ordenó secamente Allan—. Vuestro cabecilla ha muerto, demostrando su cobardía hasta el último instante de su existencia. Me consta que vosotros fuisteis arrastrados al motín por él, y por esta causa voy a olvidar lo pasado. Os reincorporaréis a vuestros puestos y continuaréis vuestra labor procurando que no ocurran nuevos incidentes que estoy dispuesto a castigar con toda severidad. De momento, hasta que no me demostréis con hechos vuestra adhesión, permaneceréis encerrados en vuestras respectivas secciones, incomunicados. ¡Andando! Cada uno a su sitio. Y tú, Krasna, dame esa navaja.

El americano obedeció en silencio y los nueve expresidiarios caminaron mohinos a sus respectivos puestos. Allan aseguró las puertas tras ellos, conectando los dispositivos electrónicos que las accionaban con la cabina de mando. De esta manera, ningún hombre podría abandonar su sección sin que les abrieran desde la sala de control.

***

Tras el motín que Allan dominó con un derroche de valor y sangre fría, la astronave había proseguido su rumbo de una forma inalterable. Los planisferios siguieron reflejando incansablemente innumerables planetas y soles que tachonaban el cosmos infinito, proporcionándoles un maravilloso paisaje, renovado continuamente.

Diez y nueve días habían transcurrido, y si los cálculos de los cerebros electrónicos de a bordo eran exactos, darían vista a su objetivo dentro de pocas horas. Allan y el profesor, acompañados de Martha, permanecían aquella mañana en la cabina de control, y sus ojos

escrutaban ansiosamente la gran pantalla donde se reflejaban los astros.

Hacía horas que navegaban por los límites de la gran galaxia Baharania, donde habitaba el colosal Brestero, el sol que los científicos de la confederación habían designado como sustituto del astro y que con su destrucción dio origen al vagabundeo de sus veinte planetas.

En el ánimo de los tres, reinaba la alegría ante la idea de coronar dentro de poco tiempo su difícil labor, pero, al mismo tiempo, sentían un regusto amargo al pensar que sus vidas terminarían cuando libraran a la lejana Humanidad del peligro que representaban los «vagabundos siderales».

Y en aquel instante, Brestero apareció en un ángulo de la pantalla, bañándola en una vivísima luz que les hizo parpadear deslumbrados.

Allan redujo la luminosidad del astro, accionando las reductoras y desvió la astronave a la derecha, a fin de esquivar al coloso y situarse en el punto exacto por donde aparecían los planetas errantes.

Dos horas después, la nave se detuvo a la altura del solitario sol y, desde aquel mismo instante los segundos empezaron a transcurrir llenos de ansiedad y acción.

El profesor Hamble bajó a la parte inferior de la astronave, acunada en su totalidad por cincuenta objetos cilíndricos de proporciones gigantescas.

Aquellos eran los torpedos que contenían la fórmula secreta del profesor. Uno de ellos sería suficiente para desintegrar cualquiera de los inmensos mundos que componían la familia de los «vagabundos» que, en aquellos momentos, se acercarían raudos hacia su fatal destino. Un destino trazado por unos hombres que se hallaban a miles de millones de kilómetros y que, gracias a su ciencia, habían podido prever la catástrofe que les amenazaba con setenta días de anticipación.

El profesor Hamble abrió la portezuela de metal que cada torpedo tenía en la parte central de su cuerpo y se introdujo en el interior del ingenio, dispuesto a ponerlo a punto para realizar su destructiva misión.

Uno tras otro, los cincuenta tubos, que medían veinte metros de longitud por cinco de diámetro, fueron puestos a punto de actuar y la gigantesca electro—grúa que pendía del techo de la estancia, los transportó a las rampas de lanzamiento que estaban situadas alrededor de la pared circular de la nave.

Desde aquel momento, bastaría la simple presión de un conmutador para que los destructivos 027, como los había bautizado el profesor, se lanzaran al espacio con hambre de destrucción.

El anciano lanzó una mirada a su alrededor, y sus ojos adquirieron una expresión indefinida al contemplar aquellas armas que eran el fruto de toda su vida, una vida que había dedicado íntegramente al descubrimiento de aquella fórmula que, como única recompensa, le iba a proporcionar una muerte horrible, lejos de la Humanidad y matando con él a los seres que más amaba en el mundo.

Al anciano se le humedecieron los ojos y, dando un suspiro, se encaminó hacia la cabina de mandos. Sus pasos vacilantes, los ojos hundidos y carentes de brillo, y sus facciones ajadas, repletas de angustia, le daban el aspecto de un anciano decrépito y agotado.

Cuando llegó a la sala —control, vio a Allan y a su hija que miraban ansiosamente la pantalla de planisferios.

Los «vagabundos» avanzaban por el cosmos raudamente, como si tuvieran piusa por llegar a la cita fatal que los hombres de la confederación del sol habían concertado.

El joven lanzó una mirada al profesor, y los dos hombres se estrecharon la diestra con fuerza. Eran dos almas fuertes que en aquel momento supremo se despedían con gesto firme y la mirada serena. Se separaron un segundo después y el muchacho abrazó a Martha con ternura infinita, que le correspondió con un beso largo y profundo. Inmediatamente, se precipitó a la acción. La hora suprema había llegado y había que olvidar los sentimientos y entregarse a la acción.

—¡Atención a todos los tripulantes de la astronave! —dijo Allan conectando todas las pantallas del interior—. Prepárense para las maniobras. A punto los motores nucleares y los de propulsión fotónica. En el momento que lancemos los torpedos, daré la orden de marcha y nos alejaremos a toda la potencia de nuestros propulsores. La sección de armas permanecerá a la expectativa, por si algún fragmento resultante de la desintegración se precipita sobre nosotros, destruirlo. Carlos Ramírez, usted, como encargado de la sección de observación, conectará todos sus dispositivos con la sección de armas a fin de que éstas obren automáticamente. Los acontecimientos se desarrollarán a tal velocidad que nuestros ojos no podrán seguirlos. No olviden en estos momentos la gran responsabilidad que pesa sobre nosotros. La vida de toda la humanidad depende de nuestro esfuerzo y hemos de superarnos. Si, por un azar imprevisto, sobreviviéramos a nuestra misión, les doy mi palabra de honor de que su motín será olvidado y les recibirán en nuestros mundos como a héroes. La sociedad olvidará sus culpas pasadas y los acogerá en su seno como a hijos predilectos. Y, ahora, cada uno a sus puestos, y estén prontos a ejecutar mis órdenes.

Allan localizó al gigantesco planeta que se había erigido en el centro del sistema planetario errante y conectó la pantalla graduada que servía para precisar el disparo de los torpedos.

El profesor se había sentado ante un pequeño tablero de conmutadores que servían para efectuar los disparos y esperó ansiosamente el aviso de Allan.

Martha, de pie tras ellos, les miraba hacer, y sus manos se oprimían el pecho como si quisiera acallar los fuertes latidos de su corazón.

Y en aquel momento, Roso entró en las primeras rayas de la escala y avanzó con rapidez escalofriante hacia el pequeño círculo que había en el centro de la pantalla.

—¡Atención, profesor!…

El científico posó sus dos índices en sendos botones y esperó temblando de impaciencia.

El silencio en la cabina era impresionante. Parecía que la vida había cesado y que las tres personas se habían convertido en estatuas.

—¡Fuego!

La orden seca y tajante de Allan destrozó el silencio con la violencia de un cañonazo.

Los conmutadores que acariciaba el profesor se hundieron simultáneamente, y la astronave se estremeció con violencia. En el mismo momento aparecieron dos trazos oscuros en la pantalla graduada que Allan tenía delante, y avanzaron raudos al encuentro del gigantesco sol.

El muchacho conectó los dispositivos de conducción electrónica, y los dos torpedos enfilaron sus aguzadas proas en dirección al mismo centro de la masa planetaria que se les había designado como objetivo.

—¡Atención! —gritó Allan con voz vibrante—. Motores fotónicos, a toda potencia. Motores nucleares, en misión de apoyo, ¡atrás!

Los inmensos retro —proyectores fotónicos que la astronave llevaba adosados, giraron con rapidez hasta enfocar los rayos luminosos que les llegaban desde Brestero y repelieron con espantosa violencia la inconmensurable cantidad de fotones que cada rayo de luz contenía. Al mismo tiempo, entraron en acción los motores nucleares, y la astronave saltó en el cosmos, alejándose a una velocidad que puso vértigo en los corazones de su tripulación.

La hazaña más grandiosa de todos los tiempos estaba a punto de ser coronada por el éxito, gracias al esfuerzo y heroísmo de unos seres que no habían dudado en despreciar la vida para salvar a la confederación

interplanetaria del sol.

Capítulo VII

LA astronave se alejaba de Roso a una velocidad muy próxima a la de la luz y, mientras tanto, los dos gigantescos torpedos se acercaban veloces hacia su destino.

Tanto el sistema planetario errante, como Brestero, habían quedado a millones de kilómetros, y aparecían en la pantalla de planisferios como puntos luminosos que refulgían débilmente en la negrura del cosmos.

Los dos trazos grises de los tele —proyectiles se acercaban a las rayas que había en el centro de la escala. Su espantosa velocidad se iba acrecentando y, antes de unos segundos, se efectuaría el doble impacto.

Allan asestó la pantalla telescópica sobre Roso y la puso en «acción A». El gigantesco planeta pareció adentrarse por el pequeño rectángulo de cristal, y el centro de su masa, precisamente la destinada a recibir la destructiva carga, pareció introducirse en la sala —control.

En aquel instante, los torpedos entraron en la atmósfera del astro y centellearon luminosamente. Pero algo inesperado, desconcertante, que hizo respingar a los tres ocupantes de la cabina de control, sucedió en el lejano planeta.

Una especie de ondas semi—invisibles partió de su centro y fueron al encuentro de los dos torpedos. La pantalla graduada se iluminó con extraños destellos, y los dos trazos grises que marcaban la ruta de los tele— proyectiles, se inmovilizaron, como si su camino hubiese sido intercedido por un obstáculo invisible. Las transparentes ondas envolvieron los dos cilindros y dieron la impresión de acunarlos delicadamente, haciéndoles mecerse y descender con lentitud, arrancando un grito de estupor a los dos científicos y a Martha, que

contemplaban la desconcertante escena a través de la pantalla.

Y un nuevo suceso vino a acrecentar su asombro, precipitándoles al mayor confusionismo que sufrieron jamás.

Una nubecilla compuesta por millones de microscópicas partículas brillantes, se había situado a varios kilómetros de distancia, impidiendo que los retro —proyectores recibieran los fotones que precisaban para impulsar la astronave.

Los motores fotónicos dejaron de funcionar y la nave perdió velocidad.

—¡Atención a la sala de propulsores de luz!; ¿qué ocurre?

Le contestó Palumbo, lleno de estupor:

—Ignoro lo que sucede, señor Calvert; pero los motores no reciben luz y, por lo tanto, no pueden impulsarnos.

Y como respondiendo a las palabras del italiano, también los motores nucleares quedaron silenciosos tras lanzar varios rugidos.

La astronave siguió avanzando inerte, muerta, hasta que se detuvo bruscamente con un fuerte estremecimiento, que hizo vacilar a sus ocupantes. Allan se rehízo con rapidez y miró a la pantalla de planisferios, pero ésta, al igual que la de control de los torpedos, se acababa de oscurecer y no mostraba más que sus vidrios opacos e inexpresivos. Y para aumentar la indescriptible confusión del momento, las pantallas de comunicación interior se encendieron mostrando a los nueve forajidos en sus respectivas secciones, que inquirían llenos de espanto las causas de la inexplicable detención.

Para los nueve rufianes, que no conocían el fracaso de los torpedos, la crítica situación se debía a los resultados de la explosión y se removían inquietos esperando la muerte de un momento a otro.

—¡Silencio! —ordenó Allan furioso—. Todos a sus puestos. No ha ocurrido nada grave. Es una avería sin importancia que pronto repararemos.

Y para evitar explicaciones que no podría dar, desconectó los aparatos de comunicación.

—¿Qué opina usted de todo esto que nos está sucediendo, profesor?

—No sé qué pensar, Allan. Me da la impresión de que estamos siendo objeto de una interferencia, y…

El científico interrumpióse en sus palabras y se dirigió a la parte frontal de la cabina.

—Estamos avanzando… —expresó Hamble.

—¿Nos estará atrayendo Brestero? —preguntó Allan inquieto.

—No lo creo. Nuestra velocidad es muy superior a la que desarrollaríamos si…

Allan y Martha se acercaron al profesor y sus ojos exploraron el cosmos.

En efecto, la astronave se acercaba vertiginosamente a Roso, el planeta que habían intentado destruir.

El más absoluto silencio volvió a reinar en la sala —control. Ninguno de los tres se atrevía a expresar el cúmulo de opiniones que, como un torbellino, danzaba en sus cerebros.

Pronto estuvieron en el punto desde donde habían efectuado el doble disparo, y Allan se acercó a los conmutadores de disparo.

—De una manera u otra, esta proximidad nos brinda la oportunidad de repetir nuestro intento —dijo.

Sus palabras coincidieron con la acción de pulsar los disparadores, pero esta vez la nave no sufrió ningún estremecimiento ni la pantalla graduada se iluminó marcando la ruta de los dos torpedos. Unos torpedos que, por otra parte, no se habían lanzado al cosmos.

—Voy a la sección de motores a ver qué ocurre —dijo Allan precipitándose en dirección a la puerta.

Pero la compuerta de acero permaneció inmóvil cuando dijo las cifras que accionaban sus servomandos. Estaban presos. Presos dentro de su propia astronave que, desobediente a sus deseos, surcaba el espacio infinito hacia un destino que adivinaban tenebroso.

***

Habían pasado varias horas desde el incidente que les dejó inermes. Durante ellas, una angustia torturadora les acompañó constantemente.

Todos los esfuerzos del profesor y Allan habían resultado infructuosos para hacer funcionar los motores o cambiar el rumbo.

Brestero había quedado muy atrás, fulgiendo en el espacio como un pequeño punto brillante, y Roso, con toda su familia de «vagabundos», iba creciendo con inaudita rapidez, hablándoles de la velocidad que estaba desarrollando la astronave.

La luz de Roso entraba a raudales en la amplia cabina y lo bañaba todo con sus mortecinos rayos de color amarillento, que les daba un aspecto extraño y desvahído. A su luz, todo parecía viejo y falto de vida; hasta los movimientos que ejecutaban los cosmonautas parecían perezosos y desganados.

Y mientras tanto, la nave avanzaba y avanzaba hacia el destino que el capricho del azar o el de alguien desconocido, le estaba marcando.

Ahora se habían desviado hacia la derecha, separándose de Roso como si fueran a sobrepasarlo. Dos de los planetas que giraban alrededor del astro, habían quedado atrás y, de pronto, comenzó a aparecer el tercero, asomándose perezosamente por el costado del reyezuelo sideral.

Unos minutos más tarde, la astronave trazó un arco y marchó recta, hacia el recién aparecido.

Allan volvió a luchar desesperadamente con los mandos, intentando reducir la espantosa velocidad que llevaban.

No lo consiguió, y recordó con un profundo estremecimiento los cuarenta y ocho torpedos que reposaban en el casquete inferior. Uno solo de aquellos ingenios bastaría para pulverizar el astro que se acercaba con rapidez escalofriante.

Sudando copiosamente por los titánicos esfuerzos que estaba realizando, maldijo una y otra vez la fuerza que, en lugar de llevarles hacia Roso, les enviaba a un planeta cualquiera haciendo inútil el sacrificio de sus vidas. Porque Allan y el profesor estaban seguros de que su muerte y la destrucción de aquel mundo no impedirían que los diez y ocho restantes se lanzaran contra la confederación del sol.

—No te esfuerces más, querido —dijo Martha acercándose y limpiándole el abundante sudor que le bañaba el rostro—. La fuerza que nos impulsa es superior a nosotros y no podremos contrarrestarla.

—Pero es que no me resigno a que muramos de una forma tonta e inútil. Perder la vida sin conseguir la destrucción de ese inmenso planeta que arrastra a los demás hacia nuestra confederación, me parece un crimen. Hemos de hacer algo…

—Ya hemos hecho todo lo que podemos, Allan —le interrumpió el profesor con acento fatalista—. Sólo nos queda resignarnos. ¿Y quién sabe si quizás?…

Allan fue a replicar algo, pero Martha le rodeó el cuello con sus brazos y, besándole con ternura, le dijo:

—Cálmate y esperemos los acontecimientos, Allan. No tardaremos en saber el resultado de esta vertiginosa carrera. Unos minutos más y habremos salido de dudas para siempre.

Y con las últimas palabras de la muchacha, los dos jóvenes se abrazaron con fuerza, esperando la muerte que no iba a tardar en llegar.

La astronave había entrado en la atmósfera del planeta que poco

antes apareciera tras Roso, y toda la estructura del aparato gimió al incidir el aire y calentarse a una temperatura de miles de grados.

¡Sí! La muerte para aquellos seres y para la confederación del sol se acercaba con espantosa velocidad.

Capítulo VIII

LAS cuatro torres de tres o cuatro mil metros de altura aparecieron como mudos centinelas, y los grandes aparatos que las coronaban parecidos a inmensos proyectores, giraron hacia abajo, enfocando a la astronave en su descenso.

Entre las cuatro torres metálicas había una gran pista de acero gris con un diámetro de cincuenta kilómetros.

La astronave se posó con suavidad en el centro de la pista e inmediatamente, brotaron de los límites del extraño campo de aterrizaje unos lienzos de materia transparente que se elevaron hasta cubrirlo con un casquete esférico.

Y para entonces, el profesor, Allan y Martha habían llegado al convencimiento de que el fracaso de su misión y las posteriores incidencias que habían surgido a su paso, eran el producto de las maniobras de algunos seres que habitaban en aquellos mundos que habían pretendido aniquilar.

Un cambio de impresiones les llevó a la conclusión de que la amenaza que gravitaba sobre su confederación, lejos de disminuir, aumentaba por momentos. Al mismo tiempo, una faceta del problema que hasta entonces les pasó desapercibida, cobraba vida ante sus ojos y los sumergía en un verdadero maremágnum de ideas contradictorias.

Durante el rato que había tardado en descender los cuatrocientos kilómetros de atmósfera que recubría al planeta, discutieron el escabroso tema de si tenían derecho a destruir unos mundos que estaban habitados, según todas las apariencias.

Sus conciencias les estaban ya reprochando el no haber previsto tal contingencia y, por un momento, se alegraron de que los dos torpedos

hubieran sido detenidos en su destructiva labor.

Pero, entonces, les asaltó otra nueva y terrible visión. La visión de los planetas que integraban su propio sistema, destruidos por el colosal impacto de veinte «vagabundos» inmensos que se precipitaban irremisiblemente sobre ellos.

—Esto es para volverse loco, profesor —dijo Allan pasándose una mano por la sudorosa frente.

—Desde luego, es así, Allan —respondió el anciano, inmerso en un mar de confusiones.

—Y lo peor de todo es que la catástrofe no sólo nos destruirá a nosotros. Estos seres también sufrirán sus consecuencias, ¿verdad? —dijo Martha.

—No lo sé —respondió Allan—. Este es el mayor problema en que me he encontrado en toda mi vida. En la Tierra no se pensó ni por un momento en que estos mundos estuvieran habitados. Únicamente se estudió la posibilidad de destruir al planeta que se había erigido en el centro de atracción de todos ellos y en caso de que los restantes no fuesen atraídos por Brestero, tendríamos que desintegrarlos también; pero…

—Supongo que cualesquiera que sean los habitantes de estos mundos, no tardarán en aparecer —expresó Martha—. Les expresaremos cuáles han sido nuestras intenciones y, juntos, podremos llegar a una conclusión satisfactoria para todos.

—Martha tiene razón —apoyó el profesor—. Seguramente estos seres no han advertido el rumbo catastrófico que siguen sus planetas, pero cuando se lo hagamos saber, podremos llegar a un acuerdo, y ellos serán los primeros que cooperarán en la destrucción de Roso.

—Desde luego, a ellos les interesará abandonar este vagabundeo por el cosmos; pero no estoy tan convencido como ustedes de que todo pueda arreglarse tan pacíficamente —expresó Allan con duda—. Por lo que hemos visto, no deben estar tan atrasados como para que les haya pasado desapercibida la ruta que siguen y su final. Detener nuestros tele—proyectiles en el último instante y crear la interferencia en nuestra nave, atrayéndola hasta aquí, demuestra claramente que el grado de su ciencia es igual al nuestro, si no superior. Voy a ordenar a la sección de armas que…

Allan se interrumpió. Mientras había estado hablando, había presionado los conmutadores que conectaban las dependencias de la nave con la sala de control, y éstas permanecieron mudas. La

interferencia se había extendido hasta las pantallas de comunicación interior, y los numerosos dispositivos de la nave estaban inutilizados,

A través de la materia transparente que recubría el armazón metálico de una de las cuatro torres, los cosmonautas vieron descender una especie de burbuja que portaba en su interior algo que, de momento, no pudieron precisar de qué se trataba.

El nuevo modelo de ascensor llegó a la parte baja de la torre y se detuvo con un fuerte balanceo.

Una puerta circular se abrió y por ella emergió una especie de cohete transparente que, hendiendo el aire con su proa en forma de aguja, se dirigió a la astronave.

Allan desenfundó su pistola sónica y, comprobando su buen funcionamiento, la montó.

—Es preferible que estemos preparados para cualquier contingencia —dijo.

Martha y su padre le imitaron con rapidez y, viendo que Allan había vuelto a enfundar su arma, dejando la pistolera abierta, hicieron lo propio y quedaron expectantes.

Se encendió una luz roja en el complicado tablero de mandos, indicándoles que la puerta de la astronave se había abierto, y poco después sintieron ruido de pasos que se acercaban por el pasillo.

La compuerta de acero que hacía las veces de puerta, se deslizó a un lado silenciosamente, y en el umbral quedaron enmarcados cinco seres, habitantes de aquel extraño mundo al que habían arribado involuntariamente, y que les miraron girando sus triangulares cabezas hacia un lado.

Allan abrió los ojos con estupor y, pasado el primer momento de sorpresa, estuvo a punto de soltar una carcajada ante las estrafalarias siluetas de sus visitantes.

A groso modo, tenían un remoto parecido con gigantescos batracios que caminaran erguidos sobre sus extremidades inferiores, que eran extremadamente largas y musculosas y en las cuales sus nervios formaban una tupida trama bajo la piel. Sus miembros branquiales eran cortos y estaban rematados por dos manos estrechas y largas, que se bifurcaban en seis dedos, terminados en largas y corvas uñas de color nacarino. La boca la llevaban apuntando al cielo y los ojos, situados a ambos lados de la cabeza, les impedían ver de frente, motivo por el cual se veían obligados a adoptar unas posturas ridículas a fin de ver con una de sus grandísimas y saltonas pupilas, que se abrían en sentido

opuesto al de los humanos.

Los cinco iban vestidos por una especie de maillot. El que parecía mandar la tropilla se destacaba de los demás porque el suyo era escarlata, mientras que el de los otros cuatro era verde.

Un pequeño disco, de cinco centímetros de diámetro, les colgaba a la altura del pecho, y de él partían dos finísimos hilos que se unían a cada lado de sus cráneos por mediación de unas diminutas ventosas.

Unos y otros seres se estuvieron contemplando y era evidente que los que pertenecían al sistema planetario de Roso sentían tanta o más curiosidad que los de la confederación del sol.

Constantemente, movían sus cuerpos a un lado y a otro mirando por riguroso turno con cada una de las grandes pupilas que estaban formadas por franjas circulares y concéntricas de varios colores.

El recíproco examen terminó cuando Allan se adelantó un paso y, tendiendo las dos manos en señal amistosa, dijo:

—Señores. Quien quiera que seáis, bien venidos a esta nave. Os saludamos en nombre de nuestra confederación y deseamos entablar relaciones amistosas con vosotros y vuestros gobiernos.

Los otros no dieron muestras de alegría o desagrado por las palabras del joven. Sus párpados, carentes de pestañas, avanzaron hacia adelante y ocultaron los saltones globos oculares durante un cortísimo espacio de tiempo. Casi al mismo tiempo, las dos antenas que les nacían en las partes laterales de la cabeza y que estaban rematadas por una especie de trompetilla carnosa y retráctil, se dirigieron hacia la boca del muchacho, como si quisieran captar hasta la última nota de su voz.

—¿No me comprenden? —preguntó Allan, avanzando otro paso.

Los ojos se abrieron con rapidez y los labios finos y azules de aquellos seres se movieron, prorrumpiendo en un extraño e ininteligible croar.

Aquellos sonidos y los estrambóticos movimientos que hacían, resultaron tan cómicos a los tres astronautas, que no pudieron reprimir por más tiempo su hilaridad y prorrumpieron en risas incontenidas.

Las carcajadas parecieron excitar a sus visitantes y avanzaron unos pasos examinándolo todo con evidente curiosidad y girando continuamente sus antenas auditivas, pretendiendo captar todos los sonidos de las voces humanas.

—Creo que tendremos que aprender su idioma —dijo Martha con acento jocoso mientras imitaba con sus rojos labios la extraña mímica de los amarillentos individuos.

Pero sus gestos causaron una mala, impresión en los recién llegados, que arreciaron en sus ruidos y gesticularon nerviosos.

El del maillot escarlata se acercó a la joven y tomándola de una mano, tiró con fuerza.

Martha lanzó un grito de sorpresa y, al verse con uno de aquellos enormes ojos a menos de dos centímetros de su cara, intentó retroceder.

No lo consiguió. Los seis dedos que le aprisionaban la muñeca parecían garfios de acero y la retenían con fuerza irresistible.

Allan y el profesor se miraron desconcertados, sin saber qué actitud adoptar ante la inesperada situación.

—No te asustes ni ofrezcas resistencia. Martha —le recomendó Allan —. Espera a ver qué quieren. No debemos irritarlos.

La muchacha cejó en sus esfuerzos y, venciendo el temor y la repugnancia que le estaba invadiendo, se dejó examinar.

La atención del mandamás terminó prontamente y de un fenomenal empellón, envió a Martha en dirección a la puerta

La joven volvió a gritar sobresaltada y cayó entre los brazos de los cuatro individuos vestidos de verde.

Aquella falta de delicadeza para con su prometida indignó a Allan y, olvidando su prudencia, se lanzó hacia el mandón.

Su puño derecho impactó violentamente en el centro de un ojo y le hizo tastabillar unos pasos, acto seguido le conectó un izquierdazo en el abdomen y sintió que su puño se hundía profundamente en la fofa carne del batracio.

No tuvo tiempo para nuevos descubrimientos.

El del maillot rojo estiró uno de sus brazos y Allan sintió que sus pies perdían el contacto con el suelo y que salía proyectado hacia atrás.

Fue a caer junto al tablero de mandos de la astronave y se levantó trabajosamente. La mandíbula le dolía terriblemente y sintió que un hilillo de sangre se le deslizaba por el mentón.

De nuevo se lanzó al ataque, mientras Martha le miraba con los ojos agrandados por el miedo.

Su enemigo le esperó a pie firme, mirándole de lado y con las diferentes franjas de su ojo brillando en diferentes tonalidades.

Tan pronto como el joven estuvo a su alcance, se sintió cogido por la cintura y proyectado nuevamente por el aire. Estaba visto que los dos metros y pico de estatura y la fuerza descomunal del amarillo personaje, le proporcionaban una gran ventaja sobre el muchacho.

Martha hizo esfuerzos sobrehumanos para desasirse de los cuatro

seres que la retenían y acudir en ayuda de su novio, pero una tremenda bofetada le hizo caer medio desfallecida.

Mientras tanto, el profesor, que había estado observando todo lo ocurrido sin saber qué partido tomar, comprendió que el quinteto estaba allí en plan de guerra y que había que tratarlos como a enemigos.

Con un rápido movimiento extrajo la pistola sónica y disparó contra el del maillot rojo.

La descarga de vibraciones hizo desaparecer inmediatamente al individuo, convirtiéndolo en una vaporosa nubecilla.

Pero la respuesta fue inmediata y contundente.

Los cuatro batracios que habían quedado en la puerta permanecieron quietos, mirando el trágico fin de su jefe y, de pronto, sin que ejecutaran ningún movimiento que hiciera prever un ataque, los cuatro discos que llevaban suspendidos del pecho dejaron escapar unos delgadísimos haces de rayos violeta que chocaron con el cuerpo del profesor.

El efecto de aquellas radiaciones fue tan instantáneo como fatal.

El científico se inflamó en un deslumbrante fogonazo y cuando la luz se disipó, una décima de segundo después, el profesor había desaparecido.

Martha se incorporó con un grito desgarrador y corrió hacia el sitio donde estuvo su padre.

Allan se había puesto también en pie, y no sabía si atacar a los cuatro seres que le observaban malignamente desde la puerta o acudir junto a su prometida, que miraba en todas direcciones con sus bellísimos ojos anegados en lágrimas y el semblante descompuesto por un rictus de infinito dolor.

Se decidió por efectuar las dos cosas al mismo tiempo.

Con pasmosa rapidez se precipitó hacia donde estaba Martha y enlazándola por la cintura se arrojó tras el tablero de mandos.

Los dos jóvenes se revolvieron en el suelo, y Allan extrajo su pistola mientras ponía a su novia en sitio seguro. Inmediatamente, asomó parte de la cabeza y miró hacia la puerta.

Sus cuatro enemigos permanecían en el mismo sitio, moviendo las antenas nerviosamente y sin empuñar ningún arma.

Pero esta circunstancia no le hizo vacilar al muchacho, Cuando dispararon contra el profesor, tampoco se movieron y, sin embargo, aquellos discos mortíferos proyectaron la muerte.

Procurando no hacer ruido, sacó la mano armada y sin apuntar disparó.

Pero se llevó una nueva y desagradable sorpresa.

El arma lanzó sus mortales radiaciones, pero éstas no alcanzaron el objetivo.

Los cuatro individuos continuaron en la puerta sin preocuparse en absoluto de los nuevos disparos que les dirigía el joven. Unos segundos más tarde, se dijeron algo en su incomprensible idioma y, gesticulando aparatosamente, cerraron la puerta y se alejaron por el corredor.

Allan y Martha no tardaron en ver el transparente cohete que los había traído, alejarse rumbo a la torre metálica.

Martha se abrazó a su prometido, y la cabina de control se llenó con sus desgarradores sollozos.

Allan la dejó desahogarse y le dirigió algunas palabras de consuelo, acariciándola con ternura.

Y los sucesos empezaron a desarrollarse nuevamente con espantosa rapidez, haciéndoles olvidarse de sí mismos.

La inmensa pista de acero comprendida entre las cuatro torres se estremeció violentamente y, de pronto, fue proyectada con inaudita fuerza hacia el cosmos.

Los dos muchachos se acercaron a la pared de la cabina y contemplaron asombrados cómo los cincuenta kilómetros de superficie acerada se remontaban en el espacio junto con las cuatro torres y el casquete transparente que las envolvía.

Miraron hacia abajo y divisaron la superficie del planeta, que presentaba una cavidad esférica en el sitio donde había estado posada la enorme pista.

—Pero… ¿Es posible?… —exclamó Allan en el colmo del asombro.

Martha no contestó. Estaba como ausente de todo y su cerebro, embotado por el intenso dolor que le había ocasionado la trágica muerte de su padre, se negaba a impresionarse por nada.

Pero la realidad no tardó en imponerse.

Estaban sobre un ingenio espacial de proporciones inmensas, que la mente humana se negaba a admitir. Y aquel aparato se movía a una velocidad espantosa, alejándose del planeta donde había estado y dirigiéndose a Roso.

Transcurrieron varias horas que los jóvenes no se preocuparon de controlar. Martha continuaba bajo los efectos de su pena y Allan se había entregado a la tarea de hacerla reaccionar.

Los presidiarios, mientras tanto, no habían vuelto a dar señales de vida a causa de la interferencia que impedía utilizar las pantallas de comunicación interior y, como las puertas habían quedado bloqueadas, los tripulantes estaban incomunicados entre sí.

Allan había estado pensando un rato en su situación y llegó a la conclusión de que los aparatos que les aprisionaban eran los grandes proyectores que tenían enfocados desde las elevadísimas torres de control. Y pensó que, destruyéndolas, recuperaría el dominio de su nave y de las armas instaladas a bordo; pero cuando buscó el medio de realizar sus deseos, comprendió que era imposible.

Estaba encerrado en el interior de un círculo vicioso. Sin armas no podría nunca liberar a la astronave, y sin librar a la astronave no dispondría de las armas. Este problema, unido a la extraña y enemistosa actitud de sus captores, le tenía sumido en un caos de ideas contradictorias, a las cuales no podía darles una solución lógica.

Luego, estaba la dificultad de no poder entenderse con ellos, ya que hablaban un idioma ininteligible. Un idioma que sonaba a sus oídos como gritos inarticulados, faltos de musicalidad y carentes de sentido, como su extraña mímica, que resultaba incomprensible.

Llegó aquí en sus ideas, justo en el momento en que Martha, agotada, por las emociones, se había quedado dormida en un sillón, y la nave que los conducía entraba en la atmósfera de un nuevo planeta.

Allan divisó perfectamente la corteza del astro, sembrada de extrañas construcciones que despedían mortecinos reflejos al ser heridas por los amarillentos rayos de Roso.

La astronave se detuvo en el espacio, flotando a impulsos de sus silenciosos e invisibles motores, y un gran cohete, parecido al que ya conocían, partió del planeta con rumbo a la plataforma espacial.

Capítulo IX

LA puerta de la cabina volvió a abrirse con fuerza y un numeroso grupo de hombres —batracios entró en la sala, encabezados por un gigantesco ser que vestía un maillot de color azul cobalto y que en el pecho llevaba bordado en oro un dragón de veinte cabezas. Por el acatamiento que le rendían los demás, pensaron los dos humanos que el color azul y los bordados en oro serían los distintivos de su alta jerarquía.

El del dragón avanzó unos pasos, mirando todo con aire despectivo y, por último, se encaró a los dos muchachos.

Allan avanzó unos pasos y dijo algunas palabras que el otro no debió entender.

En la sala de controles se hizo un silencio repleto de malos presagios.

En esta ocasión, los acompañantes del mandamás vestían maillots escarlata y unas largas capas forradas de raso blanco, que les daba un aspecto fastuoso, y les hicieron comprender a los dos humanos que se encontraban ante alguien muy importante dentro de aquellos mundos.

El jefe hizo una señal con el brazo y dos hombres de su séquito avanzaron hasta situarse delante de los astronautas.

Sin decir nada, pusieron una pequeña maleta encima de una mesita y la abrieron.

Un aparato de extrañas características y que guardaba un lejano parecido con los electrónicos de la confederación del sol apareció a la vista y, al ser manipulado diestramente por los batracios, emitió algunos rugidos y se encendieron varias bombillas que tenía en su interior.

El del maillot azul tomó asiento en un sillón que le acercaron y con la misma majestad de un rey, dijo:

—¿Por qué nos habéis atacado?

Sus palabras sonaron duras, inflexibles, y los dos muchachos quedaron sorprendidos de oír su propio idioma articulado con toda perfección.

—¿Así que este aparato tiene la facultad de expresar nuestras ideas en voz alta y en forma comprensible? —inquirió Allan como si hablara consigo mismo y escuchando sus palabras que se habían convertido en un croar semejante al de los batracios.

—No me gusta tener que repetir las preguntas —dijo el otro con dureza—. Soy el jefe del imperio Taracio. Un imperio que lo integran veinte planetas, representados por las cabezas de este dragón. ¿Por qué habéis pretendido desintegrar el sol de nuestro sistema? ¡Hablad!

—Hace poco tiempo, los científicos de la confederación del sol, a la que nosotros pertenecemos, observaron que el sol de vuestros mundos se había desintegrado en un gran cataclismo y, que debido a él, estos veinte planetas que forman el imperio Taracio habían escapado a las leyes de gravitación universal y se dirigían hacia nuestros mundos. Inmediatamente se llegó a la conclusión de que había que frenar a los planetas errantes, someterlos a la atracción de un astro y se pensó en Brestero, el solitario de Baharania, que en estos momentos debe estar sobrepasando sus mundos —contestó Allan.

—¿Y para libraros de una hecatombe no dudasteis en destruirnos? —preguntó el emperador dando a sus palabras una entonación irónica.

—En mi confederación no se sospechó que estos mundos estuvieran habitados. Creímos que en ellos no había vida y…

—Pues ya veis que no es así. Mi imperio tiene miles de millones de habitantes, y por salvarlos di la orden de que se aniquilara el sol que alumbró estos planetas desde la creación del universo. Se estaba enfriando y no nos quedaba otra alternativa que destruirlo para escapar a su atracción, una atracción que nos resultaba mortal.

—Pero ¿no pensaron que al librarse de esa atracción, se convertirían en vagabundos siderales y que se condenaban a una muerte cierta?

—Los seres de tu confederación sois tan ignorantes como estrafalarios —contestó el emperador—. Tuvimos muy en cuenta lo que iba a suceder y hasta supimos el rumbo que nuestros planetas seguirían en su incierto caminar. Todo está previsto.

—Pero ¿y la vida de los seres que habitan en 1os mundos de nuestra

confederación? ¿Y la vuestra? El choque que se va a originar reducirá a pequeños fragmentos unos y otros planetas. La totalidad de sus habitantes perecerán. Vosotros y nosotros…

—Sois tan estúpidos como los científicos de mi imperio. Mis planetas son muy superiores en volumen a los vuestros y, cuando nos acerquemos a esa catástrofe que me anuncias, las armas del imperio Taracio destruirán a los planetas de vuestra confederación. Roso, nuestro sol, se precipitará hacia el vuestro y lo absorberá. Se producirá una gran hecatombe cósmica y vuestro astro se incrustará en las entrañas de Roso. Desde allí nos dará vida y calor con sus rayos, que tienen las mismas características que el destruído por inservible. Todo está previsto. Incluso vuestra muerte, por haber tratado de impedir los destinos de mí imperio.

—Pero, señor —exclamó Allan en el colmo de la sorpresa—. ¿Cómo puede condenarnos a morir por una falta que usted pretende llevar a cabo, aun sabiendo que en los mundos que intenta destruir existen seres humanos? Nosotros ignorábamos su existencia. De haberla conocido, jamás hubiésemos pensado en realizar semejante masacre. Debe recapacitar en lo descabellado de sus propósitos. Brestero les brinda la oportunidad de cobijarlos y proporcionarles sus vivificantes rayos. De esta forma, obtendrá lo que desea para su imperio sin la destrucción de unos mundos y de sus habitantes. Unos seres que nada le han hecho.

—¡Basta! Estúpido. No tengo que recapacitar en nada. El destino de mi imperio lo decido yo solo. Necesitamos vuestro sol y lo obtendremos.

—Debe pensar en las vidas que va a sacrificar, señor —dijo Martha angustiada—. Como dice mi prometido, Brestero puede darles la luz y el calor vital que necesitan. ¿Por qué destruir nuestros mundos?

—Brestero no puede darnos nada. Su luz es diferente a la de vuestro astro y nos mataría. El único sol que reúne las condiciones de vida necesarias a nuestro organismo, es el vuestro. Existen otros muchos iguales, pero mis planetas no pueden arribar a ellos y… ¿Qué clase de ser eres tú? —preguntó el emperador, reparando en las diferencias anatómicas que existían entre Allan y Martha.

La joven se ruborizó intensamente y fue a contestar algo, pero el joven se anticipó.

—La diferencia estriba en que la señorita pertenece al sexo débil de nuestra especie.

El emperador frunció sus azules labios y les miró de medio lado.

Sus gestos eran tan grotescos que a los dos muchachos les resultaban

desprovistos de la majestad y dignidad propia de un emperador.

—¿Qué quiere decir eso de señorita y sexo? —preguntó el monarca ocultando el único ojo con que miraba a los jóvenes, por el sencillo procedimiento de entrecerrar sus grandes y rugosos párpados—. Esas palabras no las comprendo.

—En nuestra especie existen hombres y mujeres. Estas últimas son de constitución más delicada, y de una forma genérica les llamamos sexo débil. Señorita es la mujer que permanece soltera y…

—¡Hum! —gruñó despectivamente el emperador a través del aparato traductor—. No sé cómo podéis ser tan estúpidos los hombres para hallar atractivos en esas estrafalarias hembras.

Y al decirlo, su ojo recorrió el cuerpo de la joven, deteniéndose significativamente en sus numerosas curvas.

Martha enrojeció violentamente y se sintió la mujer más desgraciada del mundo al verse juzgada tan desfavorablemente por aquellos seres que cualquier naturalista de sus mundos no hubiera dudado en calificar de ranas.

—Es natural que un «rano» como usted no se sienta impresionado por los encantos femeninos —replicó Allan en el colmo— de la indignación.

—Tampoco comprendo esa palabra de rano —dijo el emperador con curiosidad—. ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que es usted un tipo engreído y que sus palabras están fuera de lugar y de las circunstancias que han originado esta entrevista.

—¿Te atreves a insultarme? ¿A mí? ¿No te has dado cuenta de que estás hablando con el emperador de Taracio y que dispongo de vuestras vidas?

—Ya estoy cansado de oír tanta palabrería inútil —respondió Allan cada vez más acalorado—. Es imprescindible que destruyas Roso antes de que vuestros planetas salgan del campo de gravitación de Brestero.

—¿Y te atreves a tutearme? —preguntó el emperador con amenazadores destellos en su ojo visible.

—No hago más que imitarte. ¿Acaso has creído que somos seres inferiores y que te vamos a rendir una pleitesía que tus actos no merecen?

¿Das esa orden o no?

—La orden que voy a dar es que os maten —dijo el emperador haciendo un ademán con su amarillento brazo.

Cuatro de los componentes de su séquito avanzaron hacia los dos muchachos.

Allan desenfundó la pistola y disparó varías veces sobre el dragón de oro que el emperador lucía en el pecho.

Pero la pistola no hizo ningún efecto en el personaje, que le miró malignamente.

El joven tomó a Martha por la cintura y retrocedió unos pasos hasta protegerse tras el tablero de mandos.

Su cerebro pensaba con rapidez buscando una salida para la grave situación en que se hallaban. Más que sus vidas, le preocupaban, en aquellos momentos la suerte que aguardaba a su confederación y se dijo que tenía que encontrar el medio de impedirle al grotesco emperador que realizara sus maquiavélicos planes.

Los cuatro taracianos del maillot escarlata los acorralaron.

Allan se preguntó por qué no habrían disparado ya los discos que colgaban de sus cuellos, si estaban decididos a matarlos.

El emperador aclaró sus dudas en aquel momento, al ordenar:

—Cogedlos vivos. Quiero que se estudien sus organismos. Es posible que descubramos algo interesante respecto a su sol.

Todos los componentes de la escolta avanzaron en dirección a los dos jóvenes, que habían llegado a los límites de la sala —control.

Ya no podían retroceder más.

El muchacho miró a todos sitios con desesperación, buscando algo que le permitiera defenderse de sus numerosos enemigos. Pero en la cabina no había nada que pudiera ayudarle. Los dispositivos de la astronave estaban inutilizados como sus pistolas y… Súbitamente, se acordó de la navaja que le había recogido a Krasna cuando el motín.

La tenía en uno de los grandes bolsillos de su traje espacial y estaba seguro de que los procedimientos que habían inutilizado sus armas electrónicas no conseguirían embotar la aguda y cortante hoja.

Soltó a Martha junto a la pared y, esquivando a un enemigo, se lanzó hacia el emperador.

Le faltaban cuatro pasos para alcanzarlo, cuando dos gigantes encogieron sus piernas y dieron un salto de tres metros, precipitándose sobre Allan.

El joven y sus dos enemigos cayeron revueltos en confuso montón por la fuerza del golpe.

Martha gritó asustada y se tapó los ojos para no ver cómo mataban a su novio.

Pero enseguida se rehízo e intentó ir en su ayuda.

No lo consiguió. Se sintió atrapada por las manos amarillas de dos taracios y miró hacia el sitio donde estaba Allan.

El joven había rodado sobre sí mismo y se incorporó rápidamente empuñando la navaja.

Uno de sus enemigos saltó nuevamente sobre él, dispuesto a terminar con su resistencia, pero se encontró con que el muchacho esquivó su acometida y le clavó el arma en el pecho.

Un fuerte empujón le liberó del moribundo taracio y, de dos zancadas, se situó tras el emperador que se estaba levantando.

—¡Quieto! —ordenó Allan sujetándole con el brazo izquierdo y poniéndole la punta del puñal en la garganta—. Si haces un solo movimiento te degüello. Di a tus sicarios que suelten a mi prometida y que permanezcan inmóviles. ¡Rápido!

—Obedeced —dijo el emperador estremeciéndose violentamente.

—¿Qué pretendes con esto? —preguntó el emperador tensamente. Su amarillenta piel había adquirido un brillo inusitado, que Allan interpretó como signo de temor en aquellos seres.

—Pretendo quedarme contigo en rehenes hasta que hayáis destruido Roso, y vuestros planetas giren alrededor de Brestero. Entonces os dejaré en libertad y regresaremos a nuestra confederación.

—Pero ¿no te das cuenta que eso que pretendes es imposible? Si me matas vosotros moriréis inmediatamente. Estáis tan prisioneros como antes y no…

—Deja de hablar y ordena que dejen esos discos, o…

La punta de la navaja se clavó en la piel del emperador, produciéndole una herida superficial que destiló un líquido de color ambarino.

Los individuos de la escolta lanzaron exclamaciones de terror por la herida de su monarca y sin pérdida de tiempo soltaron las armas. Sus cuerpos se estremecían nerviosos ante la posibilidad de que su rey fuera degollado.

—Recoge esos discos, Martha —dijo Allan.

La muchacha avanzó unos pasos dispuesta a obedecer, pero en aquel momento surgió lo imprevisto.

Allan se había confiado un tanto al ver a sus enemigos desarmados, y aquella oportunidad la aprovechó el emperador.

Con un brusco movimiento atenazó la muñeca armada de Allan y le hizo saltar por encima de su cabeza.

Aún estaba por el aire cuando los taracios se lanzaron a la acción.

Martha se arrojó sobre uno de los discos y lo empuñó dispuesta a utilizarlo, pero por más que buscó, no pudo hallar el mecanismo que le hacía funcionar.

Sus intentos terminaron bruscamente cuando uno de aquellos seres le arrebató el arma y la envió rodando de un empellón.

Allan llegó en aquel momento junto a su novia y la navaja trazó un centelleante círculo en el aire que terminó en el abdomen del individuo que había derribado a la muchacha.

El taracio abrió la boca desmesuradamente y, lanzando un estertor, se vino al suelo con gran estrépito.

El muchacho intentó de nuevo apoderarse del emperador y dominar la situación, pero un círculo de enemigos le impedía el paso, y algunos de ellos se habían colocado los discos y estaban dispuestos a utilizarlos. Allan lo comprendió así por los fulgores que despedían sus ojos y por el nerviosismo que sacudía sus cuerpos.

Y a partir de aquel momento, los acontecimientos se desarrollaron a un ritmo enloquecedor.

El joven comprendió que la única forma de impedir que aquellos discos entraran en acción, era mezclarse con los batracios y, sin dudarlo, se lanzó hacia adelante blandiendo el puñal con furia.

El arma trazó mortales semicírculos en el aire que terminaban en los cuerpos de sus enemigos.

La estancia se llenó de jadeos, respiraciones estertóreas de los heridos o moribundos y de exclamaciones de dolor o rabia.

La escena era dantesca y Martha, que la observaba desde el suelo, se sentía aterrorizada viendo a su novio rodeado de enemigos, dispuestos a exterminarlo.

Pero el muchacho combatía con denuedo, dominado por el pensamiento de que la derrota significaba la destrucción y la muerte para los mundos de su confederación, y la punta del puñal buscaba, incansable, nuevos enemigos donde cebarse.

Seis o siete taracios yacían en el suelo entre charcos de líquido amarillento, y los demás empezaban a rehuir la centelleante arma que los estaba diezmando.

El emperador cambiaba continuamente de posición, alejándose de los combatientes para hurtar su egregia persona a las dentelladas del afilado acero.

De no haber sido por lo trágico de la situación, la escena hubiera

resultado cómica, debido a los saltos y piruetas que el soberano efectuaba incesantemente para evitar a los luchadores o para mirar el desarrollo del desigual combate con uno u otro ojo.

En uno de sus saltos cayó cerca de Martha, y la muchacha se decidió a intervenir en la lucha.

Aprovechando que los taracios no se ocupaban de ella, por considerarla inofensiva, se dirigió al tablero de servomandos y se apoderó de una gruesa palanca de acero.

Su primer ataque fue dirigido al emperador, que se hallaba a un par de pasos de distancia y observaba cómo sus fuerzas estaban acorralando al humano en un extremo de la cabina.

La joven levantó la barra y, centrando todas sus fuerzas en el golpe, la dejó caer sobre la cabeza del grotesco monarca.

Pero Martha no había contado con que aquellos seres, debido a tener los ojos en las partes laterales de la cabeza tenían un campo visual completamente diferente al humano.

Por esta circunstancia, el emperador se apercibió del ataque y con un salto fenomenal lo esquivó.

El golpe falló, y Martha cayó al suelo arrastrada por el fuerte impulso que le había dado a la barra de acero.

Unos instantes después se debatía desesperadamente entre las nervudas manos del monarca taracio, que le oprimía la garganta con la evidente intención de estrangularla.

Allan pretendió acudir junto a su novia, pero los nueve enemigos le tenían rodeado y le vigilaban estrechamente.

La desesperación se apoderó del joven. Comprendió que el final se acercaba rápidamente. Un final que para ellos y su confederación significaba la muerte.

Y la expresión agónica que estaba apareciendo en el semblante de Martha, le hizo olvidar toda clase de precauciones. Si todo estaba perdido, al menos lucharía hasta el último instante, defendiendo sus ideales y a la mujer que quería.

Con los ojos centelleantes, los miembros sacudidos por fuertes estremecimientos nerviosos y jadeando ruidosamente, Allan tenía un aspecto que imponía a sus enemigos.

Los nueve taracios le miraban de medio lado y sus extremidades inferiores estaban flexionadas, dispuestos a impulsarlas en uno de sus característicos saltos, fuera del ataque que presentían.

Este no tardó en llegar.

Allan se replegó sobre sí mismo y, durante una décima de segundo quedó quieto, expectante, con el arma amenazando a todos y a cada uno de sus enemigos y reuniendo todas las fuerzas de sus potentes músculos en un intento desesperado.

Su salto pareció el de un tigre rabioso, por la rapidez y la furia que lo caracterizó.

El enemigo que le cerraba el paso por delante, no tuvo tiempo de esquivar la veloz acometida y sintió que el puñal le penetraba por la garganta. El taracio emitió unos sonidos inarticulados, gorgoteantes y se debatió espasmódicamente.

Allan se desprendió de él con un fuerte empellón y saltó en dirección al emperador.

Pero otro enemigo le había saltado sobre las espaldas y le derribó al suelo.

A continuación se entabló un combate trágico, mortal, en el que Allan se debatía desesperadamente entre un montón de taracios que luchaban por arrebatarle el arma que los había diezmado.

El joven se revolvía de un lado a otro, procurando herir a cuantos atacantes se ponían al alcance de su mano, pero la lucha era demasiado desigual y su fin se adivinaba cercano con el apresamiento o la muerte del muchacho.

Unos dedos se cerraron sobre su muñeca y la oprimieron con fuerza brutal.

Allan lanzó una maldición, y sus dedos se abrieron desmayadamente, soltando el arma.

Mientras tanto, otros enemigos se habían subido sobre su pecho y piernas, aplastándole con su peso e impidiéndole moverse.

Una verdadera lluvia de golpes cayó sobre todos los puntos de su anatomía y sus sensaciones empezaron a velarse por un mareo que le conducía rápidamente a la inconsciencia.

Y nuevamente, en el último instante, cuando ya todo parecía perdido, los acontecimientos cambiaron de rumbo y sacaron a los dos humanos del mortal aprieto en que se hallaban.

Un nuevo grupo de taracios recubiertos de maillots negros y cinturones dorados, irrumpió violentamente en la sala —control, y el que parecía mandar a los cuatro, ordenó:

—¡Quietos todos!

El emperador soltó a Martha, que se tambaleó peligrosamente, y los supervivientes de su séquito abandonaron la lucha, dejando a Allan

medio desfallecido y lleno de contusiones.

El joven aprovechó la oportunidad para dirigirse al encuentro de su prometida y sujetarla cuando estaba a punto de caer.

El taracio que había interrumpido la lucha, miró al emperador con desprecio y dijo:

—Sigues tan sanguinario como siempre, Bagato. ¿Es ésta la justicia que pregonabas cuando hiciste la revolución que te llevó al poder?

El emperador hizo un gesto de odio y, recogiendo su capa, avanzó un paso hacia su interlocutor.

—¿Osas nuevamente desafiar mi poder, Curnaro? ¿Cómo te has atrevido a llegar hasta aquí? ¿Ignoras que tu cabeza está puesta a precio y que la silla de los rayos azules te espera ansiosamente para acabar con tu traidora vida?… ¡Detenedlo!

La orden del emperador restalló en el silencio que se había hecho en la cabina, al cesar la lucha.

Los nueve supervivientes de la escolta imperial avanzaron un paso en dirección a Curnaro, pero éste dio un paso atrás y mostró su mano derecha, que hasta aquel momento había tenido oculta a su espalda.

El emperador abrió sus grandes pupilas y respingó sobresaltado.

Sus hombres se detuvieron como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo.

Todos los ojos se fijaron en la mano del recién llegado, que empuñaba un objeto cilíndrico y brillante de unos diez centímetros de diámetro. Una pequeña palanca se hundía en el artefacto metálico y, en ella, se apoyaba el pulgar del taracio, impidiéndole moverse.

—¿Sabes lo que es esto, Bagato?…

El emperador tragó saliva con dificultad y las franjas de sus ojos giraron alocadamente, mientras su piel volvía a brillar con fuerza inusitada.

—No… ¿Qué es? —preguntó tras unos segundos de vacilación.

—Es una de mis fórmulas mortales, Bagato. Una más que tú no pudiste arrebatarme, porque desconocías su existencia. La única que escapó a tu rapacidad y será la que castigue tu ambición y vengue al imperio Taracio de los crímenes y de las injusticias que has cometido desde que te erigiste en el dictador del imperio… ¡Ordena que se estén quietos! —dijo Curnaro con vehemencia, al ver que los componentes de la guardia se disponían a arrojarse sobre él y los suyos.

—Tened presente que si avanzáis un solo paso o disparáis, moriremos todos. Esta nave imperial será destruida, aniquilada y

vuestras vidas terminarían con la mía. La granada que tengo en la mano es inmune a los rayos de vuestras armas y, si mi dedo pulgar deja de presionar esta palanca, hará explosión…

—¿Qué pretendes con esta actitud, Curnaro? —preguntó el emperador, dando una inflexión de queja a sus palabras—. Sabes que te di la oportunidad de ponerte a mi lado. Eres el mejor cerebro del imperio y una palabra suplicando clemencia, hubiera bastado para que yo te perdonara y te volviese a tu antiguo puesto de jefe supremo de nuestros científicos. Aún estás a tiempo de reflexionar. Nuestro imperio necesita de tu ciencia, y debes…

—Jamás suplicaré a un repugnante traidor como tú. Un reptil venenoso que, valiéndose de falaces promesas y apelando al crimen, usurpó un poder que no le pertenecía, guiado por su ambición sin límites. Nuestro imperio necesita de mi ciencia. En eso tienes razón; pero más que nada, de lo que está necesitado es de librarse de tu tiranía. Tú nos conduces a todos a la muerte, a la destrucción. Te advertí hace tiempo que la desintegración de nuestro sol era un disparate y, sabiéndolo, la llevaste a cabo. Fue el último golpe de efecto que te condujo al trono.

—Me juzgas con demasiada dureza, Curnaro. Tú sabes demasiado bien que aquel astro estaba muerto y que nos condenaba a morir, si no rompíamos las amarras que nos ataban a él. Ahora caminamos por el cosmos hacia un nuevo astro. Un sol de promisión que nos dará calor y vida.

—Un sol que es el centro de una confederación interplanetaria, en la que habitan millones y millones de seres, que tienen el mismo derecho a la vida que nosotros. Criaturas inocentes que no han hecho nada para merecer la muerte a que tú, fríamente, los has condenado. ¡Eres un monstruo! —terminó el científico taracio con infinito desprecio.

—La vida de nuestro imperio está antes que nada. ¿Qué puede importarnos a nosotros la destrucción de esos seres? ¡Mira, ahí los tienes representados! Son estúpidos y estrafalarios. Ni siquiera se parecen a nosotros. ¿Qué importancia tiene su exterminio? En los antiguos bosques de nuestros mundos habitaban animales parecidos a estos, con el cuerpo recubierto de esa cosa que estos dos llevan en la cabeza, y nuestros antepasados tuvieron que exterminarlos como a fieras dañinas. Tú conoces la historia de estos bichos parlanchines.

—Si destruimos a Roso en estos momentos —replicó el emperador asustado—, caeremos en el radio de acción de Brestero. Quedaremos

prisioneros de él y no podremos ir al sol de estos. Sabes que las circunstancias cósmicas que han favorecido nuestros proyectos, tardarán en repetirse cuatro mil años. Para entonces, ninguno de nosotros vivirá. Brestero nos habrá matado. Tú mismo lo dijiste en la conferencia de sabios que celebramos cuando…

—Sé muy bien lo que dije en aquella ocasión y tampoco ignoro que utilizaste mi nombre y mi prestigio para soliviantar a la masa de nuestros mundos. Después comprendí que fui un imprudente al hacer públicos mis vaticinios. Una imprudencia imperdonable que, manejada por ti con trágica habilidad, te llevó al sitio que ocupas. Pero esto ya pasó. Tal como en aquella asamblea prometí, podremos neutralizar el poder destructivo de los rayos de Brestero. La ciencia ha podido con este inconveniente. Los científicos que me siguieron y yo, hemos trabajado incansablemente y tenemos a punto la fórmula que hará inocuas esas radiaciones bresterianas. Luego, con el tiempo, conseguiremos convertirlos en elementos vivificantes para nuestros organismos. ¡Vamos, da la orden! Y vosotros —dijo Curnaro dirigiéndose a sus cuatro acompañantes—, traed aquí a los demás hombres que hay en el interior de la astronave.

Los taracios salieron, abandonando la cabina de control.

—Y… ¿qué harás de mí si doy esa orden? —preguntó Bagato con acento humilde.

—Serás destituido del cargo que tú mismo te diste y se te juzgará con imparcialidad. La Asamblea de científicos, dictará su fallo.

—Pero tú sabes que eso significa la muerte para mí —replicó el emperador asustado.

—Puede ser —concedió el científico—. Pero si es así, no tendrás más de lo que te has ganado por tus propios méritos. A nadie debes culpar de ello.

—No me entregaré —exclamó Bagato, aterrorizado por la idea de morir—. Al fin y al cabo, sigo siendo el emperador de Taracio, y tú no osarás matarme. Todo el imperio me sigue fiel y, si me asesinaras…

—No te hagas ilusiones, Bagato. Tu cetro ha caído. La realidad se ha impuesto, y a estas horas no eres más que un reo que comparecerá ante el tribunal de científicos, acusado del delito de alta traición a nuestros ideales.

—¡Eso es mentira! —refutó Bagato indignado—. El ejército está de mi parte y luchará hasta no dejar ni uno solo de vuestra maldita casta de traidores. ¡Sí! Todos los científicos sois unos traidores. Habéis estado

minando mi poder y…

El emperador se interrumpió y miró hacia la puerta de la sala.

Los nueve expresidiarios entraron seguidos por los científicos taracios que había enviado Curnaro en su busca.

Los hombres traían las facciones desencajadas, y la palidez de sus semblantes expresaba la ansiedad y el miedo que habían experimentado durante las horas que duró su encierro, ignorantes de los acontecimientos.

Raymond Scott y Frank Tobey marchaban en cabeza, portando dos enormes ametralladoras sónicas, provistas de dispositivos especiales contra interferencias.

Los demás empuñaban pistolas que habían sacado de la sección de armas. El grupo se esparció por la pared circular de la cabina y quedó silencioso y expectante.

—Los ejércitos en los que confías —prosiguió Curnaro— se han entregado. Cuando yo salí para esta nave, habían entregado el poder a la asamblea provisional de científicos que he nombrado y han jurado obedecer. Tu imperio se reduce ahora a los ocupantes de estas torres metálicas, y vas a ordenarles que se entreguen.

—¿Es cierto eso de que el ejército me ha traicionado? —preguntó el emperador, deseando que no fuera cierta la noticia.

—Sí. ¿De qué te extrañas? Antes olvidaron su deber y traicionaron al imperio, sirviendo tus intereses bastardos. Y basta ya. ¿Das esa orden o no?

El emperador meditó unos segundos. Su continente había perdido la arrogancia de que hizo gala al principio y ahora se encogía temeroso ante el destino que Curnaro le estaba anunciando.

Miró a sus seguidores, aquellos nueve componentes de su guardia y los vio adictos, dispuestos a seguir luchando. Esto le dio una idea y, sin pérdida de tiempo, empezó a desarrollarla. Si conseguía hacerse con Curnaro, podría recuperar el dominio de la situación o, al menos, imponer condiciones. El imperio se estremecería de terror cuando anunciara desde aquella nave imperial que tenía en su poder al científico, el hombre de más prestigio y en el que todos veían a su salvador.

—Tendré que ir a dar las órdenes personalmente —dijo.

—Tú no te moverás de aquí: Bagato. Enviarás a uno de esos hombres con las instrucciones que yo te dé, y tu vida responderá…

—¡Eso no puede ser! —exclamó el emperador con un brillo de

inquietud en su amarilla piel—. Si no voy yo personalmente, no entregarán la nave espacial, y seguirán dominando la situación…

El monarca hizo una pausa y sus rugosos párpados se entrecerraron en un gesto pensativo Después, continuó, y en su voz había una nueva seguridad, como si se le acabara de ocurrir una idea salvadora.

—Y bien pensado… la situación no es tan delicada para mí. Cierto que yo, el emperador, estoy aquí dominado por la amenaza de esa granada que empuñas; pero tú, Curnaro, estás en la misma situación. También estás prisionero de esta extraña situación. Yo no te puedo destruir pero tú a mí tampoco, porque entonces moriríamos los dos. Los dos únicos seres que podemos salvar al imperio Taracio de la situación caótica en que se halla. Con nuestra muerte, los planetas que integran nuestro sistema, llegarán a la confederación de ésos y se producirá un cataclismo… Nadie se salvará. Las armas que pueden destruir la confederación del sol, están ocultas en un lugar secreto. Nadie sabe su emplazamiento más que yo, y nadie puede evitar la catástrofe más que yo. Y ahora que recuerdo… aunque me mataras a mí y tú sobrevivieras, tampoco podrías destruir a Roso. Sin esas armas, ¿cómo lo ibas a conseguir?

Sus mismas palabras le hicieron cobrar confianza a Bagato. Nuevamente se había erguido con altanería —mientras su pecho se abombaba visiblemente y miraba a todos, desafiante.

—Disiento de tus delirios de poder, Bagato. Esta granada va a dejar de ser necesaria inmediatamente.

Curnaro hizo un ademán a sus hombres y éstos avanzaron hacia las huestes del monarca y les arrebataron los discos lanza —rayos.

—Ves. Ya no hace falta —y al decirlo manipuló en la bomba asegurando sus dispositivos de disparo y se la guardó en un bolsillo.

—Vigilad estrechamente a esos seres —ordenó Allan saliendo del asombro que le había producido la irrupción de los científicos taracios y su ulterior conversación.

Los nueve expresidiarios levantaron las armas y encañonaron al monarca y a sus seguidores, que se habían agrupado junto al tablero de mandos.

Allan y Martha se situaron junto al grupo de científicos y esperaron tensos el final de la dramática escena.

—Como ves, Bagato, nadie más que tú morirá aquí, si sigues resistiéndote a mis deseos. Las armas que empuñan los hombres acabarán contigo, y Roso será destruido con los medios que estos seres

han traído de sus mundos. Este es el motivo que me ha inducido a venir a esta nave.

—Tan pronto como me matéis, esta plataforma espacial y todos vosotros seréis aniquilados. Desde las cuatro torretas, dispararán mis leales y… Mira, Curnaro, seamos amigos —dijo el emperador con un brillo extraño en sus ojos—. Yo recobraré el poder y, después de mí, serás el más poderoso del imperio. Estoy dispuesto a transigir con tus deseos. Destruiremos Roso y nos quedaremos con Brestero. A estos seres les devolveremos la libertad y que regresen a su confederación… ¿Aceptas?…

—No —respondió el científico taracio—. Sé que olvidarás tus promesas, tan pronto cese el peligro. Además, tus crímenes y tu traición merecen un castigo…

—¿Desprecias el poder y la riqueza que te ofrezco? —preguntó Bagato.

—Te desprecio a ti y a todo lo que venga de ti —respondió Curnaro.

—Pero quizá nosotros seamos menos escrupulosos —dijo Hold con frío cinismo que produjo un revuelo general—. ¡Quieto todo el mundo! —ordenó el alemán apoderándose de la ametralladora que empuñaba Tobey—. Ha llegado la hora de que nosotros también podamos decidir sobre nuestros destinos.

Un silencio mortal se hizo en la sala —control. Los científicos quedaron paralizados por la sorpresa más absoluta. En sus mentes no acababa de entrar la idea de que los hombres pudieran ayudar a su enemigo. Aquel enemigo que los mataría tan pronto como se hiciera nuevamente dueño de la situación. El emperador y su guardia quedaron igualmente desconcertados, pero sus ojos relucieron de alegría ante la inesperada ayuda. En cuanto a Allan y Martha, habían quedado mudos de espanto por la inesperada reacción de aquellos hombres que vendían la seguridad de sus mundos a cambio de su bienestar.

—¿Qué nos ofrecerías a nosotros si te ayudamos a desembarazarte de tus enemigos? —preguntó el alemán insinuante.

—Todo cuanto me pidáis —respondió Bagato con rapidez—. Compartiréis conmigo honores y riquezas. No os negaré nada.

El esquelético y desgarbado Hold distendió sus finos y crueles labios en una sonrisa cínica y mirando a sus compinches, preguntó:

—¿Qué os parece, muchachos? Podemos tener todo lo que nos negó la humanidad en nuestros mundos. ¿Vamos a ser tan tontos que desaprovechemos esta oportunidad?

—En nuestra confederación seremos unos personajes importantes a nuestro regreso —adujo Erald Hubschmid en tono dubitativo.

—¡Bah! —escupió Hold despreciativamente—. ¿Has olvidado que esa misma sociedad nos apartó de su lado y nos enterró en Vesta? ¡Los odio a todos y, por mí, estoy decidido a quedarme aquí!

Los demás bandidos aprobaron en silencio y Han contestó:

—Trato hecho, señor emperador. Nos ponemos de tu parte y como botín especial reclamo a esa monada. Me gusta y me quedaré con ella —dijo el alemán señalando a Martha.

—¡Eh, un momento! —exclamó Alberto Palumbo—. Eso de la chica no lo veo bien. Aquí no hay mujeres y sin ellas, ¿para qué queremos ese poder y las riquezas que nos ofrece el jefe de los «ranos»?

—Tiene razón Palumbo —apoyó su compatriota Filippo—. La muchacha debe sortearse y…

—¡Ni hablar! Yo, sin chicas, no me quedo aquí —expresó Phil Krasna—. No contéis conmigo para…

Sus palabras quedaron interrumpidas por la serie de disparos que Hold le dirigió con la ametralladora.

Los demás bandidos quedaron silenciosos y llenos de terror, viendo cómo su compinche se desintegraba.

La chica será para mí, y si alguno no está conforme, que lo diga —amenazó Hold encañonándoles con el arma.

Los tres americanos se revolvieron con ganas de matar. La muerte de su compañero y el tono del alemán, les pusieron furiosos, y sus armas sónicas escupieron las radiaciones mortales.

Pero Hold estaba prevenido. Saltando a un lado, esquivó los disparos y, a su vez, contestó con la pesada ametralladora.

Los tres bandidos desaparecieron instantáneamente.

Renato Filippo y Alberto Palumbo cambiaron una breve mirada y se precipitaron sobre Hold, que dé un salto se había situado junto a ellos.

Los tres facinerosos lucharon a brazo partido. Los dos italianos pugnando por hacerse con la ametralladora y Hold por dispararla sobre sus, atacantes.

Un fuerte culatazo puso fuera de combate al alemán, que soltó el arma y cayó muerto.

Los dos italianos fueron a recoger la ametralladora, pero Erald Hubschmid acabó con ellos de dos disparos y apoderándose del arma, se hizo el dueño de la situación.

Y en aquel preciso momento, un nuevo grupo de taracios apareció

en el umbral de la puerta.

Su presencia no fue advertida por nadie, exceptuando a Martha y Allan que estaban enfrente. Los dos jóvenes adivinaron inmediatamente que se trataba de nuevos refuerzos del emperador, al advertir que iban vestidos con maillots escarlatas.

No tuvieron tiempo para desarrollar nuevas ideas.

Los recién llegados se hicieron cargo de la escena y, creyendo que Hubschmid estaba amenazando a su soberano, le desintegraron con sus mortíferos discos.

A continuación, la sala se convirtió en un caos.

Allan dio un impresionante salto que le llevó junto a la ametralladora que había caído al suelo y, apoderándose de ella, disparó desde el suelo varias ráfagas contra el grupo de enemigos que había en la puerta.

Inmediatamente se revolvió contra el grupo que formaban el emperador y sus seguidores. Uno de éstos venía por el aire en dirección a él y fue desintegrado antes de alcanzar su objetivo.

Otro taracio se acercaba por la espalda de Allan, dispuesto a acabar con él.

Carlos Ramírez, el hombre que siempre había permanecido serio y taciturno, como si le pesaran demasiado sus anteriores culpas, se lanzó en una magnífica plancha sobre el batracio, y los dos cayeron sobre Allan, que en aquel momento disparaba contra dos componentes de la escolta imperial.

Allan falló en sus disparos, y los dos taracios le cayeron encima.

Carlos Ramírez, más afortunado, dejó fuera de combate a su enemigo, y disparó su pistola contra uno de los atacantes de su jefe. El otro recibió una ráfaga de radiaciones en el vientre y se volatilizó.

Los cuatro científicos taracios habían reducido al emperador y a dos de sus guardias. Los cuatro restantes habían corrido hacia los discos y se los estaban poniendo a toda prisa.

Allan no les dejó terminar. Su ametralladora disparó una larga sucesión de radiaciones y los taracios desaparecieron junto con sus malos propósitos.

Y en aquel momento, cuando la lucha parecía haber terminado con el triunfo para los humanos y sus aliados, destellaron algunas armas desde la puerta y dos científicos se desintegraron.

Allan saltó de costado en el mismo instante en que un rayo violeta hendía el aire, donde un segundo antes había estado.

El joven se dejó caer al suelo y apretó el disparador del arma, lanzando un chorro de mortíferas radiaciones hacia el hueco de la puerta.

Luego, rodó sobre sí mismo hasta situarse fuera de la línea de tiro.

—Sigue disparando contra la puerta —le ordenó a Ramírez.

El hombre obedeció en silencio y Allan se deslizó silenciosamente hacia el umbral. Cuando lo alcanzó, se lanzó al exterior de un salto, disparando en todas direcciones furiosamente.

Sus contrarios eran cuatro y recibieron la muerte antes de poder salir de su sorpresa.

La astronave había quedado limpia de enemigos.

Allan regresó a la cabina de control y abrazó a Martha, que estaba pálida y temblorosa. La larga serie de emociones que había pasado, la tenían a punto de sufrir un desmayo.

Capítulo X

EL depuesto emperador y sus dos guardias habían sido atados y permanecían en un extremo de la sala de controles, vigilados estrechamente por Carlos Ramírez, el expresidiario de Vesta que en el último momento reaccionó dignamente, rehabilitándose ante la humanidad.

Allan, Martha y los científicos taracios se habían sentado junto a los dispositivos de control y estaban dando el último toque a los planes que pensaban llevar a cabo.

Allan consultó el reloj electrónico que había en el salpicadero y dijo:

—Según sus cálculos, profesor Curnaro, faltan cuarenta minutos para que Roso, con su familia de planetas errantes, salga del campo gravitatorio de Brestero y se pierda la oportunidad de someterlo a su atracción. Esto encarna un peligro mortal para mi confederación y para el imperio taracio. Tenemos que destruir inmediatamente esas torres que inutilizan a mi astronave y lanzar nuevos torpedos contra Roso.

—Pero ¿cómo vamos a apoderarnos de esas torres? —preguntó Martha. Según el profesor Curnaro, hay en cada una veinte o veinticinco taracios que las defenderán contra cualquier ataque. Además, no tenemos armas y…

—Oiga, profesor —exclamó Allan interrumpiendo a la muchacha—, ¿en qué consiste que las pistolas sónicas no hagan efecto sobre los guardias del emperador, en ciertas ocasiones?

—Los discos del rayo violeta, les inmunizan contra cualquier radiación, sea de la índole que sea. Por ello, las vibraciones de sus amas eran desviadas, cuando tenían los discos puestos.

—Sí, pero esos discos se disparan solos —dijo Martha—. Vi cómo

brotaban los haces de radiaciones sin que manipularan en ellos.

—Conozco bien la forma en que se utilizan esas armas —respondió Curnaro—. Yo mismo las inventé. Se disparan mentalmente. El cerebro produce unos impulsos eléctricos, y los nervios son los encargados de conducir esta energía eléctrica hasta los músculos, que la transforman en movimiento. Pues bien, las pequeñas ventosas que esos discos poseen y que se adaptan al cráneo, reciben los impulsos electro—cerebrales y los envían directamente a los discos, que se disparan con una rapidez espantosa. En realidad, desde que se concibe el pensamiento de disparar, hasta que un dedo, por ejemplo, oprime el disparador del arma, transcurren algunas fracciones de segundo. Unas décimas de segundo que yo suprimí, simplificando el proceso que el organismo de un ser viviente emplea desde la idea a la acción.

Allan meditó unos segundos en la explicación que le había dado Curnaro.

—Lo que quiere decir que estaremos prácticamente desarmados ante los guardianes de las torres, ¿no es eso, profesor? Nuestras armas no les harán ningún efecto y, en cambio, sus discos nos desintegrarán impunemente.

Curnaro asintió en silencio a las palabras del joven.

—Y, sin embargo, tenemos que hallar un procedimiento que nos permita apoderamos de esas fortalezas, antes de treinta minutos; de lo contrario, sus mundos y los nuestros estarán condenados a la destrucción —dijo Allan Calvert, pensando en voz alta.

—Así es —aceptó Curnaro—. Pero mi fuerte no es guerrear. Lo mío es la ciencia y… será usted el que nos ha de sacar de este atolladero.

Allan le miró en silencio y estuvo a punto de contestarle que él no había hecho otra cosa en su vida que dedicarse al estudio y al desarrollo de fórmulas científicas. Pero lo pensó mejor y decidió que los minutos tenían demasiado valor para perderlos en palabras inútiles.

Se levantó preocupado y dio varios paseos por la sala, pensativo.

Concibió la idea de desarrollar un ataque por sorpresa, valiéndose de las ametralladoras sónicas, pero la idea le pareció irrealizable y la desechó con rapidez.

Y mientras tanto, el reloj electrónico seguía desgranando los minutos al compás de sus chasquidos metálicos que, en aquellos momentos, sonaban en el cerebro de Allan como gigantescas campanas que doblaran por la espantosa muerte que le llegaría a su confederación desde los espacios siderales.

Y en uno de sus pasos, surgió la idea que penetró en su conciencia como un chispazo eléctrico, haciéndole envararse.

—Oiga, profesor Curnaro. ¿En cuál de esas torres están instalados los dispositivos que originan la interferencia de los servomandos de mi astronave?

—En todas, señor Calvert. Cada torre es autónoma y posee un sistema completo de…

—¡Hum! —exclamó el joven—. Así la cosa será mucho más difícil, pero no imposible.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el científico taracio, sorprendido.

—Quiero decir que usted y sus dos acompañantes nos van a resolver el conflicto en que estamos metidos.

—¿Nosotros? —preguntó Curnaro abriendo sus enormes ojos con asombro y mirándole de medio lado.

—¡Exacto, profesor! Usted va a ser el emperador…

—¡Eh! ¿Qué dice usted? Yo…

—Sí. Usted, profesor Curnaro. Tiene la misma estatura y corpulencia de Bagato y se vestirá con sus ropas. Sus dos científicos se vestirán con las de los dos prisioneros de la guardia y Carlos y yo marcharemos entre ustedes, como si fuéramos prisioneros. ¿Comprende?

—Empiezo a comprender, señor Calvert, pero…

—No hay pero que valga, profesor. De esta forma, entraremos sin dificultades en las torres y nos apoderaremos de ellas con esto —dijo recogiendo dos discos lanza— rayos que había en el suelo—. Es el único camino que nos queda.

—¿Y yo qué haré? —preguntó Martha, dispuesta a no quedarse atrás.

—Tú te quedarás aquí, querida —respondió Allan acercándose a ella y besándola—. A ti te reservo una misión importantísima.

—Yo te acompañaré a donde vayas, Allan. Tu suerte será la mía. No permitiré que me separes de tu lado.

—Escucha, Martha. Tú te quedarás aquí vigilando los tres prisioneros y esperando mi señal para disparar dos torpedos con dirección a Roso.

—Los prisioneros no podrán moverse —arguyó la joven—. Les encerraremos en una cabina y estarán seguros. Y en cuanto a los torpedos los lanzarás tú mismo, cuando regresemos.

—Atiéndeme, querida. Los minutos tienen un valor incalculable para nuestra confederación. Piensa en ello y no me repliques. Puede que

nosotros muramos en la empresa que vamos a acometer y alguien tiene que quedarse aquí, dispuesto a terminar con el peligro que amenaza nuestros mundos. Puede suceder que, durante un segundo, consigamos librar la astronave de las interferencias que la inutilizan. Ese segundo será decisivo si tú lo aprovechas y disparas los teleproyectiles. Después, aunque muramos todos nosotros, los «vagabundos siderales» estarán sometidos a Brestero, y el peligro habrá desaparecido. ¿Me comprendes?

Martha asintió en silencio y abrazó a su novio con los ojos inundados en lágrimas.

—Está bien, Allan. Te obedeceré en todo, y estaré pendiente de tu señal. Pero prométeme que te cuidarás y harás todo lo posible por regresar a mi lado… ¡Te necesito tanto!…

—Volveré y regresaremos juntos a la Tierra. ¡Te lo prometo! Y ahora, andando —dijo el joven dirigiéndose a los científicos taracios—. Pasen ustedes a esas cabinas y vístanse adecuadamente. Tú, Carlos, acompáñalos y vigila a los prisioneros. Yo, mientras tanto, voy a dar un vistazo a los torpedos. Quiero comprobar que están listos para lanzarse al cosmos.

***

Curnaro avanzó por la pista de acero y se introdujo en el bólido transparente que esperaba junto a la astronave de la confederación del sol. Sus dos hombres le siguieron, rodeando a Allan y a Carlos Ramírez.

Sin ningún contratiempo, alcanzaron la puerta de la torre más cercana y se adentraron en ella.

El ascensor de materia transparente, les trasladó a las alturas y poco después, descendieron en medio de una gran estancia llena de dispositivos y aparatos desconocidos para los dos hombres.

Los veinticinco o veintiséis militares taracios estaban agrupados al fondo y flexionaban sus cuerpos en una especie de reverencia, destinada al que ellos creían su soberano.

Pero el jefe debió sospechar algo extraño, porque levantó la vista y, al reconocer al profesor Curnaro, lanzó una exclamación de rabiosa sorpresa.

No le dio tiempo para más.

Los dos científicos que estaban junto a los humanos comprendieron que no había tiempo que perder, y actuaron con vertiginosa rapidez.

Sus discos destellaron y el grupo de militares desapareció desintegrado en una escasa fracción de segundo.

Allan y Carlos Ramírez desenfundaron las pistolas sónicas y dispararon sobre los aparatos que abarrotaban la amplia, sala, hasta causar su total destrucción.

La primera fortaleza había dejado de ser un obstáculo y el reducido gruño la abandonó en silencio. La mortandad que habían causado remordía la conciencia, de humanos y taracios por igual. Pero la salvación de los dos sistemas planetarios estaba por encima de todo, incluso de sus vidas, y no podían arriesgarse a sucumbir. Tenían que vencer a toda costa. Su deber se lo exigía.

Las dos torretas siguientes corrieron la misma suerte que la primera y en pocos minutos estuvieron vacías de enemigos y de servomandos de interferencias.

La astronave de la confederación del sol estaba libre de las tres cuartas partes de las amarras que la esclavizaban. Y el reducido grupo de luchadores se encaminaba en aquellos instantes a la última de las fortalezas, decididos a vencer.

Pero aquí las cosas no se iban a desarrollar con la misma facilidad que en las tres anteriores.

Los soldados que la habitaban, debían haber observado algo extraño y cuando el ascensor se detuvo en la sala de controles y sus puertas se abrieron, no hubo reverencias ni sorpresas.

Aquellos militares estaban apercibidos y empezaron a disparar a toda la velocidad de sus cerebros.

Allan derribó a Carlos Ramírez de un fuerte empujón y saltó sobre el científico taracio, arrastrándole en su caída fuera de la trayectoria de los rayos mortales.

Dos de los científicos taracios que acompañaban al supuesto emperador, se encontraron con las radiaciones violetas y desaparecieron.

Carlos Ramírez disparó varias veces contra el denso pelotón de soldados, que se volatilizó en el aire. Levantando una serie de airadas protestas entre los seis supervivientes que respondieron al ataque con una serie de disparos.

Ramírez fue sorprendido por la muerte cuando había vuelto a disparar, acabando con dos más de sus enemigos.

Y para entonces, los dos científicos, el humano y el taracio, se habían arrastrado hacia un extremo de la estancia y Allan disparó con

centelleante rapidez sobre todos los servomandos que había a su alcance.

Los ingenios metálicos se desintegraron elevando la temperatura de la sala y llenaron la atmósfera de espesos vapores.

Allan se volvió hacia Curnaro y en sus ojos había una infinita alegría. El último reducto enemigo había sido vencido y…

Se lanzó en una impresionante plancha a los pies del científico y los dos cayeron rodando por el suelo violentamente.

Varios rayos morados hendieron el aire buscando sus cuerpos afanosamente.

Allan disparó su pistola sin resultado y se zambulló tras un gran aparato semidestruído.

Curnaro le siguió de un imponente salto.

Las miradas de los dos seres se cruzaron durante una décima de segundo, y se comprendieron sin necesidad de palabras.

La muerte se acercaba encamada en los cuatro taracios que estaban rodeando su precario refugio.

Unos segundos más y…

En aquel momento, se sintió una fuerte vibración que hizo estremecerse la gran plataforma espacial, y un vivísimo resplandor se filtró por las paredes transparentes de la torre.

Los ocupantes de la fortaleza rodaron por el suelo en confuso montón. Fuera se oía un agudo silbido, producido por los dos teleproyectiles que hendían el aire, camino de Roso.

La confederación del sol se había salvado gracias a la decisión y heroísmo de uno de sus hombres: de Allan Calvert, el hombre que no había dudado en sacrificar su vida por salvar a sus mundos. El hombre que, en aquellos momentos, se disponía a morir, convencido de haber triunfado y con el nombre de su amada en los labios.

Sí, la muerte se acercaba. Los cuatro militares estaban rabiosos y buscaban a sus mermes enemigos dispuestos a destruirlos.

Y en aquel preciso instante, cuando les separaba un segundo de la muerte, Allan recordó algo y, arrojándose sobre el científico taracio, le extrajo la peligrosa granada del bolsillo y se la puso en la mano, indicándole por señas lo que tenía que hacer.

Curnaro comprendió lo que el humano pretendía y esgrimiendo el ingenio explosivo, dijo algunas palabras en su desconocido idioma y se puso en pie.

Allan le imitó, deseando ver la reacción de sus enemigos.

Los cuatro militares habían quedado paralizados en el centro de la estancia y sus enormes y saltones ojos parpadeaban aterrorizados.

Unas palabras del científico, dichas con gran energía, les hizo arrancarse los peligrosos discos y situarse de cara a la pared.

Allan sonrió con alegría y, empuñando la pistola, dio unos pasos hacia sus prisioneros con la evidente intención de dejarlos fuera de combate.

Pero los acontecimientos volvieron a torcer el rumbo de sus intenciones, creando una vorágine de acción.

Una llamarada inmensa, colosal y que los cegó por completo, se produjo en algún sitio y varios segundos más tarde, la inmensa nave espacial se estremeció con tal violencia que dio la sensación de ir a desintegrarse.

La torre metálica se bamboleó de un lado a otro y su estructura se retorció espantosamente, entre violentos gemidos que erizaron el cabello del muchacho. Luego, un espantoso ruido que parecía proceder de todos sitios a la vez, se adueñó de la destrozada sala de controles y la caótica situación se vio acrecentada por el espantoso trueno que martirizaba los tímpanos, amenazando destruirlos.

Allan se sintió llevado de un sitio a otro por el descomunal cataclismo y sus manos pugnaron por aferrarse a algún sitio. Lo consiguió al fin y abrió los ojos al máximo, intentando ver algo en las densas tinieblas, pero sus esfuerzos resultaron inútiles y una ciclópea sacudida le arrancó de su asidero, proyectándole sobre algo duro que chocó contra su cabeza y le sumió en la inconsciencia. Cuando estaba pensando que todo aquello lo había originado la desintegración de Roso y que los planetas que integraban el imperio Taracio habían dejado de ser los «vagabundos siderales» y corrían sumisos hacia Brestero, el sol que los esclavizaría, sometiéndolos a su poderosa atracción.

***

Cuando Allan recobró el conocimiento, el cataclismo había cesado por completo y la calma reinaba en la destruida torre.

El joven se incorporó con algunas dificultades, debido a la gran cantidad de contusiones y magulladuras que tenía en el cuerpo.

Una luz blanca y brillante se filtraba por un costado de la torre de control y a su claridad comprobó los efectos de la hecatombe.

La gigantesca estructura metálica estaba en la más completa ruina.

Un montón de hierros y materia] plástico astillado era todo lo q u e quedaba de la fortaleza.

Los cuatro militares y Curnaro estaban diseminados por el suelo, entre montones de materiales pulverizados.

El joven se acercó al profesor taracio y comprobó que estaba conmocionado por los múltiples golpes que había sufrido.

De sus enemigos, dos habían muerto y sus cuerpos estaban deshechos.

Y, entonces, al acercarse a la pared de donde provenía la luz vio su astronave.

Estaba posada en el mismo sitio donde la dejara y de sus reflectores provenía aquella claridad.

El recuerdo de Martha le hizo precipitarse hacia la parte inferior de la torre, deseando acudir junto a ella y comprobar si había sobrevivido a la hecatombe.

Su corazón latía con fuerza inusitada y una terrible ansiedad le dominaba.

Ahora que había conseguido salvar a su confederación, todas sus ansias se concentraban en hallar viva a Martha y hacerle patente su amor.

A grandes zancadas, atravesó la puerta de la astronave y se dirigió a la cabina de controles.

Y la vio allí, derrumbada ante los mandos y empuñando con su pequeña y blanca mano los conmutadores que habían dirigido los teleproyectiles.

Allan se arrodilló ante su prometida y le tomó el pulso.

Un estremecimiento de alegría conmovió todo su ser cuando se convenció de que vivía. El pulso le palpitaba débilmente, pero su ritmo era normal.

Con rápidos movimientos la llevó a su camarote y la depositó en su litera. Luego, buscó un licor fuerte y le vertió varias gotas en la boca.

Bajo sus cuidados, Martha no tardó en dar señales de vida.

Primero abrió sus inmensos y verdes ojos y fijó una mirada inexpresiva en Allan. Luego, cuando éste la llamó varias veces por su nombre, recordó todo lo ocurrido y con un escalofrío de terror se le abrazó con fuerza y de sus ojos se desprendieron algunas lágrimas que rodaron mansamente por sus tersas mejillas.

Unos pasos que se detuvieron en la puerta, les hicieron volverse sobresaltados.

En el umbral estaba Curnaro, mirándoles con uno de sus ojos, como era habitual en aquellos seres.

Allan fue a su encuentro llevando a la joven cogida por la cintura y le tendió la mano en un alegre saludo.

—Te felicito por haber escapado con vida de la catástrofe —dijo el joven.

La respuesta fue uno de aquellos incomprensibles conciertos de croar que resultaban incomprensibles para los humanos.

Allan y Martha rieron divertidos y caminaron hacia el centro de la sala —control, donde estaba el aparato traductor.

—El imperio taracio marcha a su destino. Un destino al que nosotros le hemos empujado. Dentro de pocas horas los veinte planetas se habrán centrado en sus nuevas órbitas y tendremos un nuevo sol que nos alumbre. Les doy las gracias por su ayuda. Sin ella, hubiésemos ido a la destrucción y la muerte.

—Nosotros también le damos las gracias en nuestro nombre y en el de nuestra confederación —repuso Allan—. Sin su colaboración hubiésemos muerto y nuestros planetas hubieran sido víctimas de los criminales proyectos de Bagato.

—Bagato y los principales responsables de los males que ha sufrido nuestro imperio, pagarán con sus vidas. He avisado a la ciudad imperial para que vengan a recogemos. Supongo que me acompañarán. Deseo que sean mis huéspedes y…

—Agradecemos su invitación —respondió Allan—, pero en nuestros mundos esperarán nuestras noticias y no podemos prolongar su ansiedad. Compréndalo, Curnaro y… En fin, quién sabe si alguna vez volveremos a vemos, o vendrán otros humanos a este imperio.

Curnaro y Allan se abrazaron emocionados y Martha estrechó la mano del taracio. Luego transportaron al emperador y a sus dos seguidores a la plataforma de acero y con un último apretón de manos, Allan y Martha regresaron a la astronave.

—¡Adiós, Curnaro! —se despidieron agitando las manos.

—¡Adiós, amigos! Os deseo un feliz viaje de retorno.

Unos momentos después, la astronave de la confederación del sol se elevaba con pasmosa rapidez, impulsada por sus potentes motores nucleares y, describiendo un amplio círculo, tomó rumbo a su lejanísimo sistema planetario.

Allan y Martha se abrazaron en silencio y dejaron que sus corazones palpitaran al unísono, mientras allá, a lo lejos, lucía un débil amanecer.

Un amanecer en el que los rayos luminosos del distante Brestero, parecían despedirles, juguetones y alegres. El coloso y solitario sol de la galaxia Iquias se disponía a recibir la familia de «vagabundos siderales», que ya había dejado de serlo para siempre.

F I N